



LAUS HISPANIAE

REVISTA DE HISTORIA DE ESPAÑA
ESPECIAL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

ENTREVISTA A MARCELO GULLO

HERNÁN CORTÉS
El alma de un conquistador

EL FALSO GENOCIDIO ESPAÑOL
Mestizaje frente a aniquilación

LA CONQUISTA
DE MÉXICO

VERDADES POLÍTICAMENTE INCORRECTAS



¡SÍGUENOS!



[HTTPS://LAUSHISPANIAE.ES/](https://laushispaniae.es/)
[@LAUSHISPANIAE](https://www.facebook.com/laushispaniae/)
[HTTPS://WWW.FACEBOOK.COM/LAUSHISPANIAE/](https://www.facebook.com/laushispaniae/)

LH

LAUS HISPANIAE ESPECIAL

DIRECTOR | Juan Pablo Perabá
direccion@laushispaniae.es

COLABORADORES | Marcelo Gullo,
Esteban Mira Caballos, Alberto G.
Ibáñez, Javier Martínez-Pinna, Alberto
Baena, Manuel Fuentes, José Antonio
Ruiz de la Hermosa, Marcos Uyá
Esteban, Francisco Hernández, Javier
Ramos.

**DISEÑO EDITORIAL Y
MAQUETACIÓN:** d-magmakers

DIRECTORA DE ARTE | Helena R. Olmo
helena@d-magmakers.com

DISEÑO WEB: Belén Serveró

SUSCRIPCIONES
suscripciones@laushispaniae.es

PUBLICIDAD
publicidad@laushispaniae.es

EDITA:
LAUS HISPANIAE
Alicante
info@laushispaniae.es
<https://laushispaniae.es/>
<https://twitter.com/laushispaniae>
<https://www.facebook.com/laushispaniae>

ISSN 2660-5953

La revista no se hace responsable de la veracidad, exactitud, adecuación, idoneidad y actualización de la información y/u opiniones suministradas por sus redactores y colaboradores, si bien empleará todos los esfuerzos y medios razonables para que la información suministrada sea veraz, exacta, adecuada, idónea y actualizada.

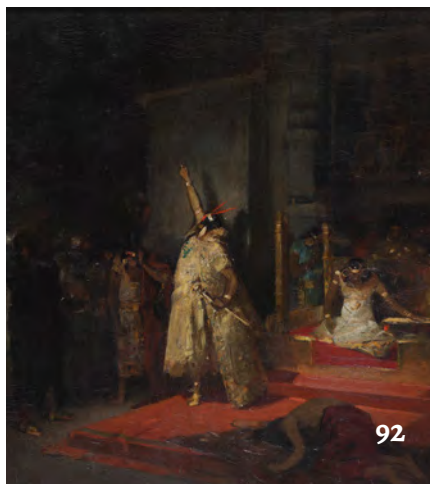
LAUS HISPANIAE

JUAN PABLO PERABÁ & JAVIER
MARTÍNEZ-PINNA,
editores de *Laus Hispaniae*

En los últimos tiempos se han intensificado los ataques a nuestra historia en general, y en particular al legado español en América, en una actitud que solo puede ser fruto de la más absoluta ignorancia, o de un sectarismo atroz, o de ambas cosas a la vez. Por eso, aprovechando una fecha tan cargada de simbolismo como el 12 de octubre, consideramos que es oportuno poner algo de nuestra parte para frenar en lo posible la catarata de propaganda y manipulación que conlleva esta leyenda negra ya muy antigua.

No pretendemos caer tampoco en la leyenda rosa. En *Laus Hispaniae* creemos que en la conquista española del Nuevo Mundo, y el establecimiento posterior, hubo sombras, pero también muchas luces, que deberían suponer un faro para el entendimiento entre estos pueblos hermanos que forman la Hispanidad y con los que tanta herencia compartimos desde hace quinientos años. Para ello, en este número especial contamos con firmas de primerísimo nivel: Marcelo Gullo, Alberto G. Ibáñez, Esteban Mira Caballos, Manuel Fuentes, Marcos Uyá, José Antonio Alcaide, Alberto Baena, Francisco Hernández y Javier Ramos.

De la mano de todos ellos, cuya colaboración agradecemos enormemente, y guiados por un sincero anhelo de reconstruir la Hispanidad como comunidad histórico-cultural unida por tan evidentes lazos de amistad a lo largo de los siglos, ofrecemos al lector nuestra humilde aportación en las páginas que siguen.





ARTÍCULOS

06 ENTREVISTA A MARCELO GULLO

Redacción Laus Hispaniae

16 EL FALSO GENOCIDIO

Mestizaje frente a aniquilación

Juan Pablo Perabá y Javier Martínez-Pinna

24 SACRIFICIOS HUMANOS EN LA AMÉRICA PREHISPÁNICA

Verdades políticamente incorrectas

Marcelo Gullo

40 LA AMÉRICA VIRREINAL

Un olvidado modelo de éxito

Alberto G. Ibáñez

54 HERNÁN CORTÉS

El alma de un conquistador

Manuel Fuentes

66 EXPLORADORES DEL OESTE

Los descubridores olvidados

José Antonio Ruiz de la Hermosa

76 EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

¿Conquista o establecimiento?

Alberto Baena

84 JUAN DE LA COSA

El primer cartógrafo de América

Marcos Uyá Esteban

92 EL RESCATE DEL INCA ATAHUALPA

El mayor botín de la historia

Esteban Mira Caballos

100 LA BATALLA DE CAJAMARCA

Un ataque por sorpresa

Francisco Hernández

106 EL ARCHIVO DE INDIAS

La custodia de un gran legado

Javier Ramos

ENTREVISTA

MARCELO GULLO

ESPAÑA LIBERÓ AMÉRICA

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

Marcelo Gullo Omodeo es doctor en Ciencia Política por la Universidad del Salvador (Buenos Aires), máster en Relaciones Internacionales –especialización en Historia y Política Internacional– por el Institut Universitaire de Hautes Études Internationales de la Universidad de Ginebra, graduado en Estudios Internacionales por la Escuela Diplomática de Madrid, profesor de la Escuela Superior de Guerra y de la Universidad Nacional de Lanús (Buenos Aires) e investigador asociado del Instituto de Estudios Estratégicos (INEST) de la Universidad Federal Fluminense (Río de Janeiro).



¿Cómo valora la aparición de una revista de divulgación cuya razón de ser es recuperar y valorar la historia de España?

La aparición de vuestra revista es importantísima porque no solo se estudia poco y mal la historia de España, sino que la historia que se enseña ha sido deliberadamente falsificada y resulta entonces imprescindible recuperar y valorar la verdadera historia de España. Permítame que me explye al respecto ¿Qué pasa cuando a un pueblo se le tergiversa o se le falsifica su pasado? ¿Qué le sucede a un pueblo si sus niños y sus jóvenes estudian una historia, la de su propio pueblo, intencionalmente falsificada? La respuesta es simple: ese pueblo pierde su «ser», su «ser nacional». Pierde aquello que lo hace ser lo que es y, por lo tanto, queda vacío de contenido, como un cuerpo sin alma.

Eso es lo que le acontece a España en estos momentos. De ahí los impulsos separatistas que amenazan destruir la unidad nacional de España. De ahí la no percepción del peligro de la disolución de su identidad nacional originaria ante una ola inmigratoria creciente –y que será cada vez más importante hasta ser incontenible– com-

puesta por un proletariado externo –usando la feliz expresión del historiador inglés Arnold Toynbee– que tiene un sentido de la existencia y una visión de cómo organizar la sociedad y el Estado antagónica respecto a los de la sociedad de acogida. Sin memoria histórica, los jóvenes españoles ignoran que España fue durante siglos –y vuelve a serlo

hoy– un «estar» en peligro, siempre latente de extinción, primero frente al imperialismo musulmán avasallador y luego frente al imperialismo anglosajón balcanizador.

La visión que se nos ha dado de la historia de nuestro país desde el ámbito educativo y los medios de comunicación, ¿cree que se amolda a la realidad?

La visión de la historia de España que se im-

parte en el ámbito educativo y que se difunde por los medios de comunicación es una visión completamente distorsionada y falsa. Gracias a la hegemonía del pensamiento progresista en todos los niveles del sistema educativo español, desde la escuela primaria hasta la universidad, los españoles son el único pueblo del mundo que ha creído la historia que, sobre su nación, escribieron sus enemigos históricos. A los españoles se les ha enseñado a odiar su pasado y la actual izquierda española, no la de Alfonso

La visión de la historia de España que se imparte en el ámbito educativo y que se difunde por los medios de comunicación es una visión completamente distorsionada y falsa

ñola, no la de Alfonso Guerra por cierto, es la principal responsable de esa situación. El nudo gordiano de esa falsa historia de España que lleva a que los españoles odien su pasado es la leyenda negra de la conquista española de América y mi libro, *Madre Patria. Desmontando la leyenda negra desde Bartolomé de las Casas hasta el separatismo catalán*, se propone justamente cortar ese nudo. La leyenda negra de la conquista española de América es la primera *fake news* de la historia de la política internacional, la obra más genial del marketing político británico.

Curiosamente los españoles conocemos mucho mejor nuestros fracasos que nuestras grandes gestas. ¿Cómo explicarlo?

Justamente porque los españoles han creído la historia que sobre España escribieron sus enemigos históricos, primero la casa de Orange y luego Inglaterra, que es donde la prédica de la leyenda negra de la conquista española de América se hace política de Estado. Luego, curiosamente, la prédica de la leyenda negra le convino también a los Estados Unidos y la Unión Soviética, y fue entonces una de los temas fundamentales de Hollywood y consigna de los militantes del

partido comunista en toda Hispanoamérica. ¿Qué interés podrían tener los competidores y enemigos de España en resaltar sus grandes gestas?

¿Cuáles son los pasos que deberíamos dar para que la historia de España fuese un elemento que favoreciese la concordia entre los distintos pueblos que forman el país?

El nudo gordiano de esa falsa historia de España que lleva a que los españoles odien su pasado es la leyenda negra de la conquista española de América, y mi libro se propone justamente cortar ese nudo

España no solo necesita restablecer la concordia, sino evitar que el Estado español estalle en tres o cuatro pedazos, y para eso el primer paso es terminar con el mito de la leyenda negra de la conquista española de América. El segundo paso es que los españoles sepan que fueron protagonistas de una de las gestas más

importantes de la historia de la humanidad, de la que deben sentirse orgullosos.

La falsa historia de España que hoy se enseña desde la escuela primaria hasta la universidad lleva, inevitablemente, a una falsa –y por lo tanto mala– política. Resulta entonces que los separatistas catalanes, amparándose en la leyenda negra –predicada por los políticos y profesores progresistas–, dicen: «Así como España conquistó y saqueó

América, conquistó y saqueó Cataluña». Entonces, a partir de esa falsa premisa adoctrinan, desde hace años, a los niños en las escuelas en el odio a España y a su lengua común. Y esto ha dado resultado, pues, si a los niños se les decía que, así como España había ido a América a robar y a violar mujeres, había penetrado en Cataluña para realizar las mismas fechorías, era lógico esperar que cuando esos niños fuesen adultos dijese: «Nosotros queremos la independencia de Cataluña porque no queremos ser una parte dominada por ese “vampiro” de pueblos que es España». Las clases de historia en Cataluña, en el País Vasco y, en menor medida, en Galicia se utilizan para sembrar odio a la nacionalidad común y, sin dudas, cuando se siembra odio se cosechan tempestades.

Estos hechos axiales hacen que España cabalge, casi inexorablemente, a su fragmentación territorial. Sin embargo, la gran mayoría de los españoles está totalmente inconsciente de ese peligro. La mayoría de los españoles danza despreocupadamente en la cubierta del barco que se está hundiendo, sin saber que la nación ha chocado

contra un iceberg. España está hoy, realmente, en peligro de muerte.

No debemos utilizar más el concepto de «conquista» de América, sino reemplazarlo por el –mucho más preciso– de «liberación» de América. España no conquistó América, España liberó América

¿Cuáles en su opinión el enfoque correcto que hay que dar al descubrimiento y conquista de América por parte de España?

No debemos utilizar más el concepto de «conquista» de América, sino reemplazarlo por el –mucho más preciso– de «liberación» de América. **España no conquistó América, España liberó América.** En realidad no hubo conquista, sino que hubo liberación de América –como afirma el filósofo mexicano José

Vasconcelos– de «toda esa mala yerba del alma que son el canibalismo de los caribes, los sacrificios humanos de los aztecas, el despotismo embrutecedor de los incas». En mi obra *Madre Patria*, haciendo un análisis objetivo de la historia, demuestro de forma sencilla, pero científica, que Hernán Cortés no conquistó México. Ocurrió todo lo contrario del relato elaborado por los negrolegendarios, porque la acción política de Cortés estuvo orientada a ayudar a que cientos de naciones se organizaran, bajo su conducción militar y política ciertamente, para dejar de ser oprimidas por el estado tota-

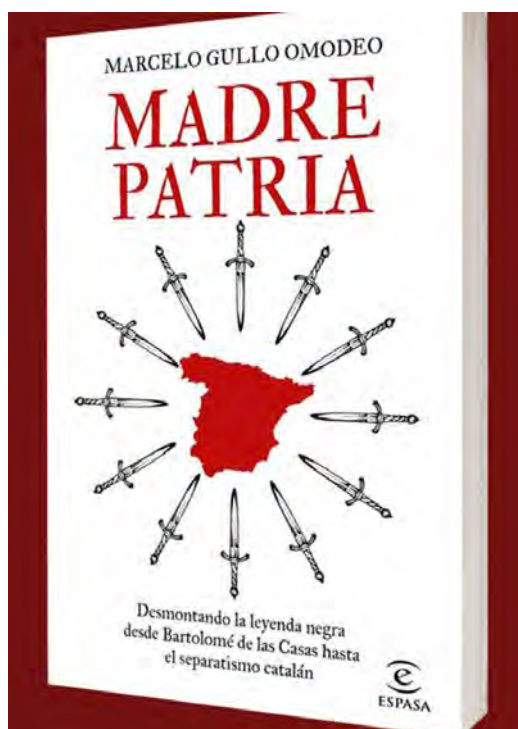
litario más sanguinario de todos los tiempos. La contradicción principal era, para las naciones dominadas por los aztecas, la contradicción de vida o muerte. Continuar bajo la dependencia azteca habría significado, para los tlaxcaltecas y totonacas, por ejemplo, seguir siendo –literalmente– devorados por los aztecas. La liberación significó dejar de ser el principal alimento de los aztecas. Las otras contradicciones eran, dicho esto, evidentemente secundarias.

A mayor abundamiento, resulta materialmente imposible pensar que, con apenas trescientos hombres, cuatro arcabuces viejos y algunos caballos, Hernán Cortés pudiera derrotar al ejército de Moctezuma integrado por trescientos mil feroces soldados disciplinados y valientes. Hubiese sido imposible aunque los trescientos españoles hubiesen tenido fusiles automáticos como los que hoy usa el ejército español. Miles de indios de las naciones oprimidas lucharon, junto a Cortés, contra los aztecas. Por eso Vasconcelos afirma que «la conquista la hicieron los indios». Como compruebo en mi obra *Madre Patria*, **el imperialismo azteca fue el más atroz de la historia de la humanidad**: sacrificaban,

por día, miles y miles de personas provenientes de los pueblos sojuzgados, un dominio que les exigía tributo, pero tributo en sangre. En lo que hoy llamamos México, había una nación opresora y cientos de naciones oprimidas, a las cuales los aztecas no solo les arrebataban sus materias primas –tal y como han hecho todos los imperialismos a lo largo de la historia–, sino que les arrebataban a sus hijos, a sus hermanos... para sacrificarlos en sus templos, y luego repartir los cuerpos descuartizados de las víctimas en sus carnicerías, como si fuesen chuletas de cerdo o muslos de pollo. Para que esos seres humanos descuartizados sirvieran de sustancioso alimento a la población azteca.

Las evidencias científicas con las que contamos hoy no dejan lugar a dudas al respecto. Era tal la cantidad de sacrificios humanos que realizaban los aztecas de gente de los pueblos por ellos esclavizados que, con las calaveras, construían las paredes de sus edificios y templos. El principal alimento de la nobleza y de la casta sacerdotal azteca era la carne humana de los pueblos oprimidos. La nobleza se reservaba los muslos y las entrañas se la dejaban al populacho. Esto lo dice

**Resulta imposible
que, con apenas tres-
cientos hombres, Hernán Cortés pudiera
derrotar al ejército de
Moctezuma. Miles de
indios de las naciones
oprimidas lucharon,
junto a Cortés, contra
los aztecas**



todo y eso, precisamente, es lo que ocultan los pseudopensadores y profesores de la «izquierda globalista» financiados, hasta hace poco, por los Baring o por los Rockefeller, y hoy por los Soros y compañía. Si Hernán Cortés tuvo éxito, fue porque dijo a esos pueblos sometidos que eso se iba a acabar: «...Con nosotros esto nunca más va a ocurrir». **La conquista fue, en realidad, la liberación del 80 por ciento de la población que habitaba lo que hoy denominamos México del imperialismo más macabro y monstruoso que haya conocido la historia de la humanidad.**

Algo similar a lo ocurrido en México pasó en el Perú y en Colombia. Si España tuviese que pedir disculpas por haber vencido al imperialismo antropófago azteca y al impe-

La conquista fue, en realidad, la liberación del 80 por ciento de la población que habitaba lo que hoy denominamos México del imperialismo más macabro y monstruoso de la historia

rialismo sacrificador de niños de los incas, tanto los Estados Unidos como Rusia tendrían que pedir perdón por haber derrotado al imperialismo genocida nazi. Claro está que las batallas por Tenochtitlán y por Cuzco fueron sangrientas, pero tan sangrienta, por cierto, como el desembarco en Normandía o la batalla por Berlín, que puso fin al totalitarismo nazi.

¿Cuál considera que es la aportación fundamental de España al continente americano?

Como sostiene el historiador Philip Wayne Powell, España fundó en América veintitrés universidades en las que se graduaron más de ciento cincuenta mil personas. Los portugueses no establecieron ni una universidad en Brasil hasta después de 1808. La suma de universidades fundadas en Inglaterra,

Francia, Alemania, Bélgica e Italia durante todos sus períodos coloniales no alcanza ni de lejos a lo realizado por España. Contra lo que dicen los cultores de la mentira, España envió a sus mejores profesores a América, mientras que Inglaterra llenó Australia de presos. Los ingleses fundaron la Universidad de Harvard en 1636, es decir, ochenta y cinco años después de que España creara en el virreinato del Perú la Universidad de San Marcos. Mientras que el Colegio Máximo de San Pablo de Lima llegó a reunir, en el año 1750, la increíble cifra de cuarenta y tres mil libros, la Universidad de Harvard tenía en esa misma fecha tan solo cuatro mil obras.

Si hay un hecho que demuestra que América nunca fue considerada por España como un botín, es la decisión de sembrar

la América Española de hospitales y de establecer, terminada la conquista, una política de protección social que abarcara todas las razas y condiciones sociales. Once hospitales tuvo Lima durante el Virreinato. La evolución de los servicios de salud en la ciudad de Lima fue asombrosa. En 1538 se creó un servicio o casa de enfermería, donde se daba alojamiento, curación material y espiritual, ropas y alimentación a los necesitados, pobres y enfermos, sin distinción alguna.

Por otra parte, resulta imprescindible aclarar, como hago en mi obra *Madre Patria*, que «no se exigía pago alguno o cuota mínima de ninguna clase, ni al ingresar ni durante el tratamiento o al término de éste, como consecuencia del derecho que le asistía al enfermo a recibir atención por la enfermedad o daño sufrido. Téngase presente que todos los servicios de tratamiento, medicamentos, curas recibidas, alimentación, ropas e higiene eran suministradas por el hospital sin costo ni participación alguna del paciente». Como afirmaba el tres veces presidente constitucional de la Argentina, Juan Domingo Perón, la obra civilizadora de España no tiene paragón en la historia de la humanidad y constituye un rosario de heroísmo, sacrificios y renunciamentos.

Como afirmaba Juan Domingo Perón, la obra civilizadora de España no tiene paragón en la historia de la humanidad y constituye un rosario de heroísmo, sacrificios y renunciamentos

templos, edificó universidades, difundió la cultura, formó hombres, e hizo mucho más; fundió y confundió su sangre con América y signó a sus hijas con un sello que las hace, si bien distintas a la madre en su forma y apariencia, iguales a ella en su esencia y naturaleza». Esta frase de Perón lo dice todo.

¿Cómo podemos hacer frente a la leyenda negra desde la sociedad civil y los medios de comunicación?

La subordinación ideológica y cultural de los pueblos hispanos que, como política de Estado, llevó a cabo Gran Bretaña se ejerció a partir del fomento de libros que eran divulgados por los medios de comunicación de aquel entonces y que luego eran utilizados como material de enseñanza en las escuelas y universidades.

Desmontar la leyenda negra implica seguir esa misma metodología, es decir, la creación de libros que expliquen la verdadera historia, que estos sean difundidos y luego utilizados como material de estudio en todo el sistema educativo. Yo he hecho mi pequeño aporte con la publicación de mi obra *Madre Patria*.

¿A qué cree que se debe que parte del espectro ideológico español haya asumido esa visión negativa de nuestra historia y de la propia idea de España? ¿Es posible revertir la situación?

Una parte importante de la izquierda española compró la leyenda negra porque creyó que defender la conquista española de América era ser franquista, y la derecha aceptó la leyenda negra por el temor de ser acusada de franquista. Si Franco hubiese dicho que la tierra era redonda hoy los políticos e inte-

lectuales españoles serían «terrapiplanistas». Usted me pregunta si es posible revertir la visión negativa de la historia de España. Yo le respondo que es ¡perfectamente posible! No hay realidad que no pueda transformarse si uno está dispuesto a trabajar sobre ella para hacerlo. Todavía estamos a tiempo. Pero, para eso, tenemos que desterrar del corazón

y la mente de los españoles americanos y de los españoles peninsulares, el mito de la Leyenda negra. Esa es la razón por la que me decidí a escribir *Madre Patria*.

Tenemos que erradicar de la mente y el corazón de los pueblos esa nefasta falacia que es la leyenda negra, que nos inmoviliza y nos lleva a elegir políticas erróneas, políticas que nos perjudican y desangran.

Del éxito de esa empresa depende nuestra existencia histórica misma. De esa lucha depende que España siga siendo España y que, tanto España como las repúblicas hispanoamericanas, no sufran un terrible proceso de fragmentación territorial. Como soy argentino, y he nacido en la misma ciudad que Messi, permítame usted terminar con una metáfora futbolística: no somos espectadores, no somos árbitros, ni comentaristas, sino jugadores y ¡vamos a salir a ganar el partido! ■

Tenemos que erradicar de la mente y el corazón de los pueblos esa nefasta falacia que es la Leyenda negra. Del éxito de esa empresa depende nuestra existencia histórica misma

JAVIER
SANTAMARTA
DEL POZO

FAKE NEWS

DEL IMPERIO
ESPAÑOL



*Embustes y patrañas
negrolegendarias*





CONTRA LA LEYENDA NEGRA

EL FALSO GENOCIDIO

MESTIZAJE FRENTE A ANIQUILACIÓN

JUAN PABLO PERABÁ & JAVIER MARTÍNEZ-PINNA,

La comprensión de lo que fue el proceso de conquista y colonización española del Nuevo Mundo no está exenta de dificultades. La confrontación entre distintas formas de entender el fenómeno llevó a la creación de las Comisiones Nacionales del V Centenario para dar una respuesta coherente a los encendidos debates entre los intelectuales. En este empeño también participó la UNESCO, bajo cuyo auspicio se llegó a una resolución en la que podemos leer las palabras del historiador Miguel León Portilla: «Hubo acciones condenables y otras admirables: hay encuentros violentos, con invasión, conquista y destrucción, y también los hay de consecuencias positivas».



El loable propósito de ir más allá de las posturas maniqueas para las que sólo existió la maldad o bondad más extremas, y así ofrecer una visión de la historia basada en el riguroso análisis de

las fuentes documentales, se ha visto amenazado en los últimos años debido, entre otras cosas, a la visión distorsionada del proceso de conquista que se está transmitiendo desde las redes sociales, lo que ha provocado la aparición de dos corrientes de pensamiento irreconciliables que han llevado sus conclusiones hasta posturas ideológicas extremas. Por un lado, los que inter-

pretan el proceso como un hecho heroico y, por otro, los que, ajenos a toda realidad, lo consideran como un genocidio perpetrado por unos invasores que sólo dejaron tras de sí un rastro de destrucción, tortura y muerte. Estos nuevos planteamientos han traído consigo una serie de demandas que poco o nada tienen que ver con el sentido común. Es el caso de lo que sucedió en la ciudad de Barcelona, donde la imposición del pensamiento único nacionalista ha generado el caldo de cultivo perfecto para que un grupo político, de reconocidas tendencias hispanóforas, reclamase la retirada de la estatua de Colón de la otrora acogedora y tolerante Ciudad Condal.

VANDALISMO CONTRA LA EVIDENCIA HISTÓRICA

En el otro lado del Atlántico, la Leyenda Negra está siendo recuperada por un grupo de dirigentes hispanoamericanos empeñados en demonizar a los antiguos conquistadores para, de esta forma, desviar la atención de sus nefastas acciones de gobierno. En Estados Unidos, por otra parte, también han arreciado feroces críticas contra los descubridores españoles, tal y como ocurrió en la localidad de Columbus, cuando un grupo

de personas se concentró a los pies de una estatua de Colón para pedir su retirada, por considerarlo un símbolo de la supremacía racial de los blancos. En Nueva York, un monumento dedicado al insigne navegante genovés situado en Central Park apareció con las manos pintadas de rojo, mientras que, en el otro lado del país, en Los Ángeles, se repitieron los mismos episodios de violencia, pero en esta ocasión contra una estatua de San Junípero Serra erigida en la misión española de Santa Bárbara, la cual fue decapitada y cubierta de pintura roja.

Los actos vandálicos contra los más reconocidos protagonistas de la conquista y colo-

En momentos inmediatamente posteriores a la conquista, se fue imponiendo una visión crítica del proceso, una leyenda negra generada a partir de un proceso de manipulación

nización de la América hispana, como es el caso de Juan Ponce de León, están motivados por la creencia en la existencia de un supuesto genocidio por parte de los conquistadores españoles en el siglo XVI. El origen de esta idea es, en cambio, muy anterior en el tiempo; podríamos remontarla hasta momentos inmediatamente posteriores a la conquista, cuando poco a poco se fue imponiendo una visión crítica del proceso. Esto dio lugar a la aparición de una leyenda negra generada a partir de un proceso de manipulación orquestada por los enemigos de la monarquía hispánica, pero motivada también por la aparición de una serie de pensadores y teólogos españoles (inexistentes en otras naciones europeas), que tuvieron el valor de denunciar las injusticias que se estaban desarrollando en tierras del imperio hispanoamericano, y que fueron aprovechadas, interesadamente, por otras monarquías europeas para ahondar en sus críticas contra la gran potencia hegemónica del momento.

Uno de estos intelectuales fue el fraile dominico, jurista, teólogo y filósofo Bartolomé de las Casas, considerado como el gran protector de los indios en América y, como tal, uno de los más insignes precursores en la defensa de los derechos humanos, junto al también dominico Francisco de Vitoria. La obra del teólogo sevillano, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, se terminó convirtiendo en la principal fuente utilizada por aquellos que más deseaban menoscabar el prestigio de España. Basándose en una interpretación torticera y descontextualizada del libro de Bartolomé de las Casas,



personajes como Guillermo de Orange no dudaron en afirmar que los españoles habrían causado la muerte de más de veinte millones de personas en el Nuevo Mundo, siendo este uno de los puntales sobre el que después se sustentó una leyenda negra que no tardó en propagarse. Tanto es así que, en un grabado holandés del siglo XVII, se puede apreciar la figura de don Juan de Austria presidiendo el martirio de un grupo de in-

Tabla de mestizaje de Nueva España, siglo XVIII

dígenas, a pesar de que el héroe de la batalla de Lepanto ¡nunca puso un pie en territorio americano!

REFUTACIÓN DE LA IDEA DE GENOCIDIO

En la actualidad, la Real Academia Española define genocidio como «exterminio o eliminación sistemática de un grupo humano por motivo de raza, etnia, religión, política o nacionalidad».

Según el sociólogo y pensador estadounidense Michael Mann, el genocidio sería el grado más extremo de violencia y el más radical de todos los actos de limpieza étnica conocidos hasta la actualidad. Siendo de esta manera, cabría preguntarnos si realmente la monarquía hispánica se planteó, en algún momento, la posibilidad de exterminar a los indígenas que poblaban los recientemente adquiridos territorios del Nuevo Mundo.

En primer lugar, muchos de los defensores de la Leyenda Negra consideran que una de las pruebas que demostrarían la existencia del genocidio fue el explosivo descenso demográfico ocurrido en tierras americanas desde principios del siglo XVI. Frente a ellos, los historiadores han comprobado

que la drástica mortalidad sufrida por la población nativa tuvo como causa principal la falta de resistencia inmunológica frente a las enfermedades traídas por los europeos, debido al aislamiento de estas comunidades, que durante miles de años habían estado aisladas y, por lo tanto, carecían de la protección necesaria para hacer frente a las nuevas epidemias que diezmaron a la población. En cuanto a la actitud de la monarquía, el estudio de las fuentes documentales

no puede ser más concluyente.

Resulta clarificadora la voluntad de la reina Isabel la Católica cuando, en su testamento, transmite las siguientes palabras: «Y no consientan ni den lugar que los indios reciban agravio alguno de sus personas y sus bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados, y si algún agravo han recibido, lo remienden». En 1540, en una junta convocada por Carlos V en la Universidad de Salamanca, los intelectuales españoles, que en los últimos años habían debatido sobre las nuevas formas de convivencia con los nativos americanos (en muchos casos alentados por la Corona), llegaron a la conclusión de que «tanto el Rey como gobernadores y encomenderos, habrían de observar un escrupuloso respeto a la libertad de conciencia de los indios, así

En 1540, los intelectuales españoles llegaron a la conclusión de que habría de observarse un escrupuloso respeto a la libertad de conciencia de los indios

vio han recibido, lo remienden». En 1540, en una junta convocada por Carlos V en la Universidad de Salamanca, los intelectuales españoles, que en los últimos años habían debatido sobre las nuevas formas de convivencia con los nativos americanos (en muchos casos alentados por la Corona), llegaron a la conclusión de que «tanto el Rey como gobernadores y encomenderos, habrían de observar un escrupuloso respeto a la libertad de conciencia de los indios, así

como la prohibición expresa de cristianizarlos por la fuerza o contra su voluntad».

Frente a lo que ocurre en otras potencias europeas, en España surgió, desde bien pronto, la preocupación por solucionar los actos de maltrato que, evidentemente, se dieron durante la conquista, tal y como fueron denunciados por padres dominicos de la talla de Bartolomé de las Casas, cuya obra, aunque repleta de inexactitudes, fue fundamental

para concienciar a una Corona que, inmediatamente, se puso a legislar para regular la vida social, política y económica de los

nativos americanos, los cuales fueron considerados súbditos de la Corona de Castilla

y, por lo tanto, objeto de su protección. El debate surgido gracias a estos misioneros católicos, que, según el hispanista Joseph Pérez, pretendieron denunciar los medios utilizados por los conquistadores para evangelizar a los habitantes de las tierras recientemente descubiertas, terminó con la aprobación de las Leyes

Nuevas de 1542, en las que la Corona española confirmaba la prohibición de reducir a esclavitud a los indígenas y ponía fin a la in-

En España surgió, desde bien pronto, la preocupación por solucionar los actos de maltrato que, evidentemente, se dieron durante la conquista



Francisco de Vitoria, fundador de la Escuela de Salamanca y principal defensor de los derechos de los indios americanos

justa institución de la encomienda, además de cuidar la conservación, gobierno y buen trato de los indios.

Las Leyes de Indias, promulgadas por los monarcas españoles, demuestran la inexistencia del genocidio español en América, aunque, desde nuestro punto de vista, la mayor incongruencia se produce cuando estudiamos la realidad

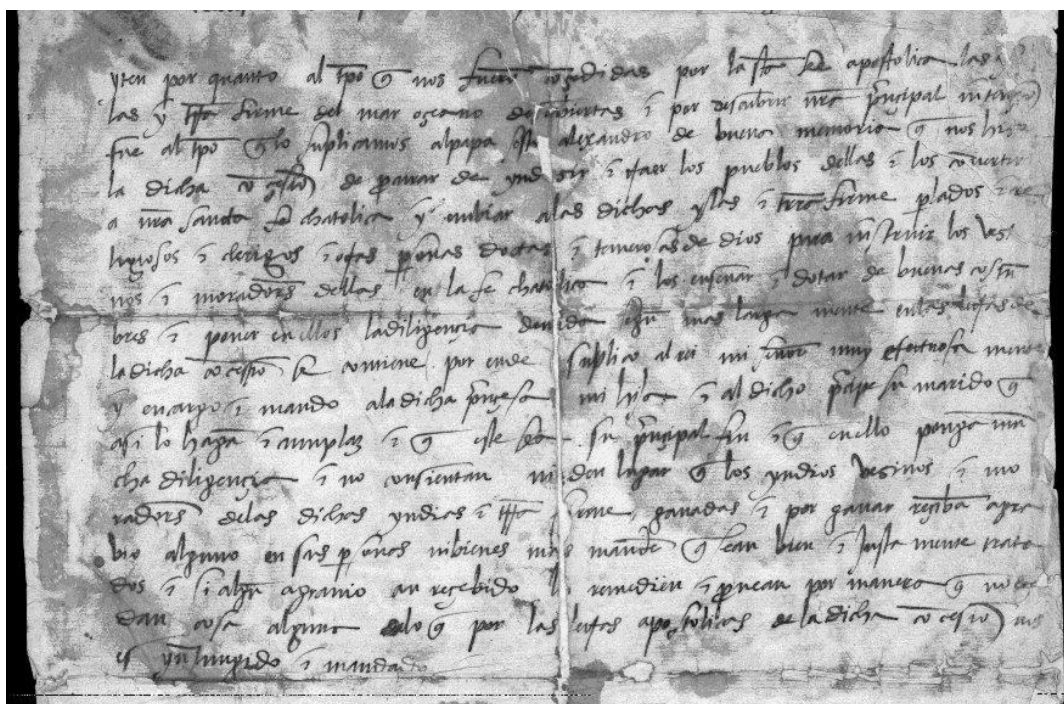
social impuesta en la América española, fruto del encuentro biológico y cultural de peninsulares y población indígena que va a

Implica una increíble contradicción condenar la conquista española como un acto de genocidio, cuando fue la única que llevó a cabo un proceso de mestizaje

dar lugar a un proceso de mestizaje que, al final, supuso la aparición de nuevas etnias y fenotipos. Para el afamado historiador hispanista Hugh Tomas, «el mestizaje fue la mayor obra de arte lograda por los españoles en el Nuevo Mundo, una mezcla de lo europeo y lo indio. A aquellos que piensen que se trata de una afirmación obvia les pediría que con-

sideren cuán raro fue este estado de cosas entre los anglosajones y los indios de Norteamérica». Las palabras de Hugh Tomas po-

Cláusula del testamento de Isabel la Católica en la que se lee: «y no consientan ni den lugar que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias [...] reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, más manden que sean bien y justamente tratados»



nen de manifiesto la increíble contradicción que implica condenar la conquista española de sus posesiones americanas como un acto de genocidio, cuando fue la única que llevó a cabo un proceso de mestizaje, frente a la tendencia de otros reinos a una política de desplazamiento y exterminio de etnias, que nunca tuvieron la posibilidad de unirse con los conquistadores franceses e ingleses.

EN DEFENSA DE LA HISPANIDAD

La existencia de la Leyenda Negra sobre el genocidio español en América es una muestra más de la necesidad que tenemos de fomentar y divulgar el conocimiento de nuestra propia historia, para, de esta forma, no vernos afectados por la manipulación orquestada por aquellos que, por motivos ideológicos y fobias personales, tratan de llegar a unas conclusiones alcanzadas de antemano y fruto de sus particulares prejuicios. Según Luis Navarro, catedrático emérito de Historia de América, los españoles nunca se plantearon el exterminio físico de los indígenas por distintos motivos. En primer lugar, por el interés de aprovechar su fuerza de trabajo y por la necesidad de poblar un enorme espacio geográfico como era el cono sur americano; y por otro, por el empeño de llevar a cabo un

proceso de cristianización sobre una población considerada súbdita de la monarquía española.

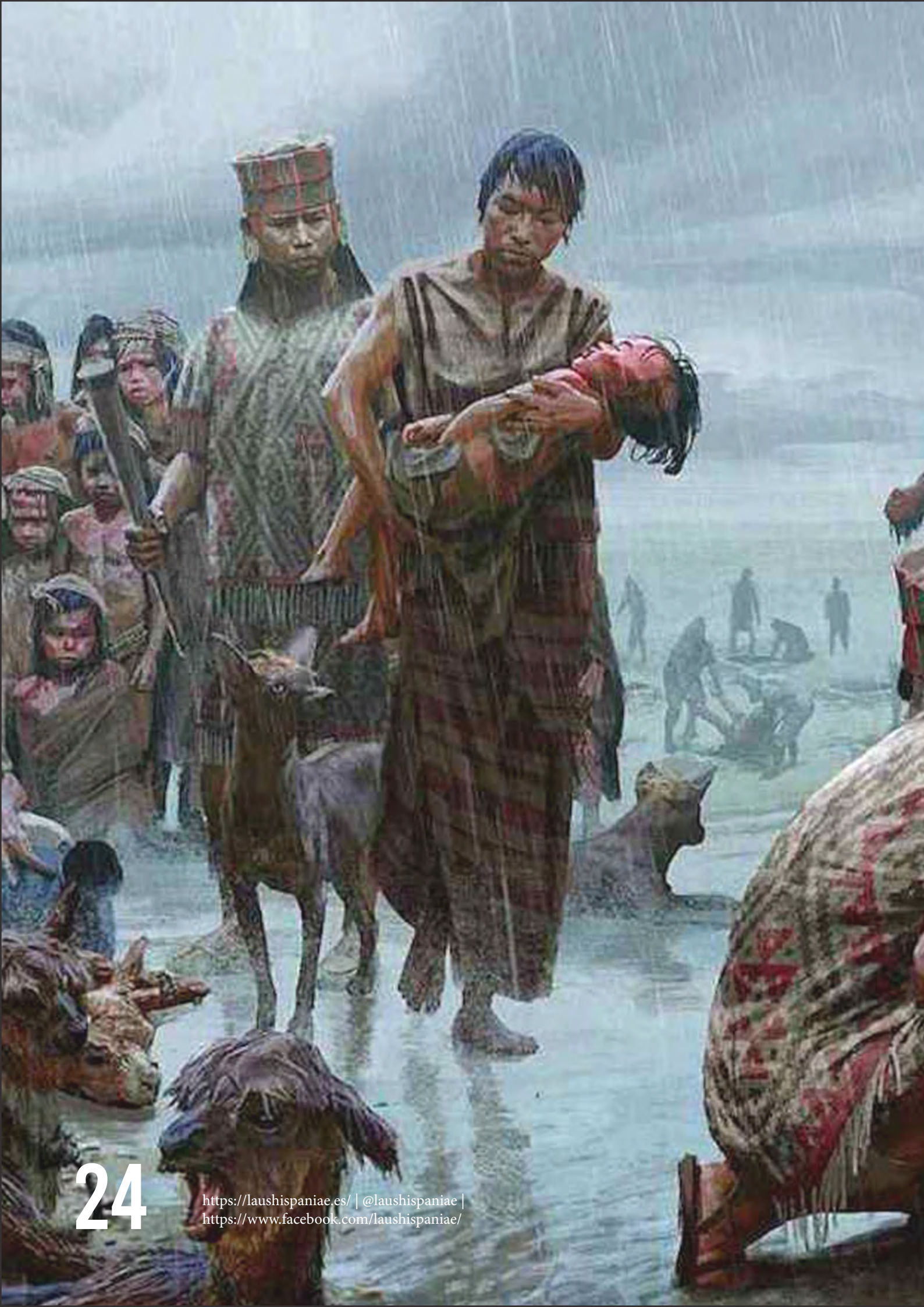
Obviamente, el proceso conquistador llevó el uso de las armas, tal y como ha ocurrido con todos y cada uno de los imperios desde la más remota antigüedad.

Así ocurrió, por poner un ejemplo, cuando el Imperio romano

invadió y conquistó Hispania a partir del siglo III a.C., provocando episodios de violencia y aniquilamiento que afectaron especialmente a los celtíberos, lusitanos o astures, aunque nadie con un mínimo de sentido común puede hablar de un genocidio romano en España, ya que, a pesar de los conflictos, Roma nos legó su influencia y cultura, de la que somos here-

La existencia de la Leyenda Negra sobre el genocidio español en América es una muestra más de la necesidad que tenemos de fomentar y divulgar el conocimiento de nuestra historia

deros. Algo similar ocurrió con la conquista española de su imperio en el Nuevo Mundo, en la que hubo sombras, pero también muchas luces; luces que deberían alumbrarnos para facilitar el entendimiento entre pueblos hermanos, que tanto han compartidos en los últimos quinientos años y que, desde luego, deben proteger y conservar la valiosísima herencia que representa esa trama de afectos, esa herencia histórica y cultural que conocemos como Hispanidad. ■



SACRIFICIOS HUMANOS EN LA

AMÉRICA PREHISPÁNICA

VERDADES POLÍTICAMENTE INCORRECTAS

MARCELO GULLO, autor de *Madre Patria*

A finales del siglo XV, aunque se habían producido procesos de unificación lingüística, el continente americano era el reino de una verdadera behetría idiomática. El más importante esfuerzo para lograr la unificación lingüística fue realizado por el imperialismo incaico. En cambio, frente a esa unidad, el número de dialectos en el gran espacio que el imperialismo azteca había logrado unificar era incontable. En lo que hoy conocemos como México se hablaban ochenta y dos lenguas. La futura América española era una verdadera Babel idiomática.

La multiplicidad de deidades existente en el continente no era menor que la lingüística.

A fines del siglo XV, el continente americano estaba conformado por mundos culturales e idiomáticos prácticamente incommunicables. Según Luis Alberto Sánchez, todos estos mundos «...se hallaban bajo la acción disolvente de rivalidades insolubles. En México, la enemistad de aztecas y toltecas facilitó a Cortés un ejército auxiliar importante. En Colombia, el odio entre el Zipa y el Zaque dio facilidades para la pe-

netración de Quesada. En el Perú, la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa sirvió poderosamente al triunfo

de Pizarro. Las continuas guerras entre caribes y siboneyes predispusieron a estos a favor de los españoles. Las de panche y caribes abrieron posibilidades en Nueva Granada. No era tampoco pacífica la situación de los mayas, en beligerancia con los mexicanos, así como amenazados a menudo por los voraces y agresivos caribes. Los diaguitas del nordeste argentino sufrían el yugo de los

A fines del siglo XV, el continente americano estaba conformado por mundos culturales e idiomáticos prácticamente incommunicables

Recreación de un ritual azteca, P. Joubert





“LA MARCHA A TENOCHTITLÁN”, Augusto Ferrer-Dalmau

© Augusto Ferrer-Dalmau

incas, contra el cual reaccionaban también propicio que halló el conquistador español y los araucanos, atrincherados en las riberas portugués en América».

del Maule. Entre charrúas y pampas surgían pendencias constantes. Los arahuacos resistieron a los incas y a los calchaquíes. Entre los caribes reinaba una behetría absoluta, como entre los charrúas, sujeta cada tribu a la omnímoda autoridad de sus caciques. Por exceso o por defecto de autoridad nativa, lo cierto es que la desunión fue el hecho más notorio y

En México, la enemistad de aztecas y toltecas facilitó a Cortés un ejército auxiliar importante. En Colombia, el odio entre el Zipa y el Zaque dio facilidades para la penetración de Quesada

Las guerras y masacres entre los llamados pueblos originarios no terminaron ni siquiera después de la independencia de España. Así, por ejemplo, en 1830 los araucanos, luego llamados mapuches, cuyos campamentos se encontraban en el actual territorio de la república de Chile, al mando del cacique Calfucurá, cruzaron



La captura de Moctezuma por Cortés, Jan K. Donatus Van Beecq (1638-1722)

la cordillera de los Andes para luego entrar a la Pampa argentina. El 9 de septiembre de 1834, en el episodio que se conoció como la traición o masacre de Masalle, los araucanos o mapuches, conducidos por Calfulcurá, sorprendieron y asesinaron a más de mil indios tehuelches y a los caciques Rondeao, Melín, Alun y Callvuquirque. Luego, el araucano Calfuncurá persiguió y exterminó

a todos los caciques tehuelches que no se le sometieron.

Abelardo Ramos, reflexionando sobre la incomunicabilidad entre los distintos grupos, tribus y civilizaciones americanas, afirma: «Basta señalar las distancias, las lenguas y las culturas que separaban a las dos grandes civilizaciones americanas para

comprender el papel histórico unificador que desempeñaron los españoles desde el punto de vista de la creación de una nacionalidad».

Ese mismo rol histórico unificador cumplido por Castilla fue reconocido por el mismísimo Ernesto *Che* Guevara, que reconoció que, si los latinoamericanos somos una unidad del Río Bravo a la Tierra del Fuego, se lo debemos a la herencia española. El 16 de abril de 1967, en la Habana, el Che, en uno de sus mensajes que más impactó en la juventud latinoamericana, afirmó: «En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional del Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud de ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países, que logran una identificación de tipo internacional americano, mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen».

El Che reivindica el papel unificador de la lengua y la religión traída por España a América. El Che, que había seguido con mucha atención la guerra de liberación nacional de Argelia, sabía que el Frente de Liberación (FLN) argelino, cuando llegó al poder, había decidido que Argelia debía tener tan solo una lengua y tan solo una religión, porque solo a partir de una lengua y una re-



ligión común podía reconstruirse la unidad árabe perdida. Por eso, comprendiendo el poder unificador de la lengua y la religión común, el Che era contrario a todos los indigenismos, como factores disolventes de la unidad continental que él imaginaba como condición necesaria para el triunfo de la revolución. De la misma opinión era Fidel Castro, antes de su «definitivo» (y «obligado»), vuelco al marxismo pro soviético que había fomentado desde 1930, el indigenismo antihispánico y la creación de repúblicas indígenas. Paradoja de la historia, hoy los grupos indigenistas fundamentalistas marchan con la bandera del Che Guevara.

La conquista de Tenochtitlán, anónimo (siglo XVII).

Detalle de una torre azteca formada por cráneos producto de sacrificios humanos. Yacimiento del Templo Mayor, en Ciudad de México



Antes de la conquista, los distintos pueblos o naciones que poblaban el continente eran enemigos los unos de los otros, estaban en guerra permanente y no los unía ni la lengua, ni la religión; no tenían casi ninguna costumbre común, salvo la de la realización de los sacrificios humanos. El famoso antropólogo Marvin Harris, insospechado de cualquier simpatía a favor de España, afirma: «Desde el Brasil hasta los Grandes Llanos, las sociedades indoamericanas sacrificaban ritualmente víctimas humanas con el fin de lograr determinados tipos de beneficios...Entre las sociedades grupales y aldeanas, el sacrificio ritual de prisioneros de guerra generalmente iba acompañado de la ingestión de la totalidad o de una

parte del cuerpo de la víctima. Gracias a los testimonios presenciales ofrecidos por Hans Staden, un marino alemán que naufragó en la costa de Brasil a principios del siglo XVI, tenemos una vívida idea del modo en que un grupo, los tupinamba, combinaban el sacrificio ritual con el canibalismo. El día del sacrificio, el prisionero de guerra, atado a la altura de la cintura, era arrastrado hasta la plaza...Mientras tanto, las ancianas, pintadas de negro y rojo y engalanadas con collares de dientes humanos, llevaban vasijas adornadas en las que se cocinarían la sangre y las entrañas de la víctima. Los hombres se pasaban la maza ceremonial que se utilizaría para matarlo... Cuando al final aplastaban su cráneo, to-

Antes de la conquista, los distintos pueblos o naciones que poblaban el continente eran enemigos los unos de los otros, estaban en guerra permanente y no los unía ni la lengua, ni la religión

dos gritaban y chillaban. En ese momento, las ancianas corrían a beber la sangre tibia y los niños mojaban sus manos en ella. Las madres untaban sus pezones con sangre para que incluso los bebés pudieran sentir su gusto. El cadáver era troceado en cuartos y cocinado a la parrilla mientras las ancianas, que eran las más anhelantes de carne humana, chupaban la grasa que caía de las varas que formaban la parrilla». Hoy causa gracia ver a los veganos indigenistas marchar en defensa de los pueblos originarios y contra la costumbre argentina de comer carne de vaca a la parrilla.

Resulta evidente que no existían en el continente americano factores endógenos sufi-



© British Museum

cientes que pudieran llevar, en el transcurso del tiempo, a la unidad cultural de los pueblos indígenas hasta conformar una ecúmene cultural medianamente homogénea. Además, los dos grandes centros de aglu-

Representación de Moctezuma, atribuido a Antonio Rodríguez (ca. 1680)

tinación política –el imperialismo incaico y el imperialismo azteca– habían llegado a los límites de su capacidad expansiva. Sin capacidad intrínseca para generar una unidad política, dispersos culturalmente y en un estado de conflicto casi permanente, los pueblos indígenas no estaban en condiciones de resistir a ningún nuevo invasor, proviniese éste nuevamente de Asia o del continente europeo.

EL DESPOTISMO AZTECA

Suele confundirse maliciosamente la historia de los aztecas con la historia de México, y la mayoría de los mexicanos suelen creer que cuando un historiador critica a los aztecas, está criticando a los mexicanos. Son útiles, entonces, a propósito de esta malévolamente confusión, las palabras del filósofo mexicano José Vasconcelos: «La historia de México empieza como episodio de la gran odisea del descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo. Antes de la llegada de los españoles, México no existía como nación; una multitud de tribus separadas por ríos

y montañas, y por el más profundo abismo de sus trescientos dialectos, habitaba las regiones que hoy forman el territorio patrio. Los aztecas dominaban apenas una zona de la meseta, en constante rivalidad con

los tlaxcaltecas, y al Occidente los tarascos ejercitaban soberanía independiente, lo mismo que por el Sur los zapotecas. Ninguna idea nacional emparentaba las castas; todo lo contrario, la más feroz enemistad alimentaba la guerra perpetua, que sólo la conquista española hizo terminar».

Ahora bien, hoy que los movimientos fe-

ministas radicales marchan de la mano con el indigenismo fundamentalista, sería quizás conveniente hacerse las siguientes preguntas: ¿qué tipo de estado organizaron los aztecas en la actual meseta mexicana?; ¿cómo era la sociedad azteca al momento de la llegada de Hernán Cortés y el puñado de hombres que lo acompañaba? Dejemos la palabra nuevamente a José Vasconcelos, quien fuera, en 1921, ministro de Educación de la Revolución Mexicana: «El despotismo

Resulta evidente que no existían en el continente americano factores endógenos suficientes que pudieran llevar, en el transcurso del tiempo, a la unidad cultural de los pueblos indígenas

bajo Moctezuma era peor que en los más envilecidos Estados de África. Las mujeres eran poco menos que mercancía. Los reyezuelos y los caciques disponían de ellas a su antojo y para hacerse presentes. No solo entre los aztecas, también entre los Incas (véase Garcilaso)

el Monarca hacía acopio de vírgenes hasta en número de setecientas, para tomar de allí concubinas. Y como todos los valores estaban envilecidos, a este género de prisiones se les llamaba “conventos”. Las reservas femeninas de Moctezuma ascendían a mil, más o menos. Una vez elegida por el cacique, una de estas mujeres ya no podía casarse ni ser de otro. A

menudo, ni el mismo inca o cacique volvía a verlas. El que se atrevía a cortejar a una de estas infortunadas que, sin embargo, eran las más bonitas de la raza, perdía la vida y su familia era también exterminada. Imagínese la clase de prole que podía derivarse de este sistema de eugenesia. No faltan, sin embargo, agentes del comunismo contemporáneo que, en México y en el Perú, suspiran por los métodos del comunismo

indígena. El lazo que unía a Moctezuma con sus feudatarios era de terror. Cada rey comarcano dejaba como rehenes en la capital hijos, parientes, amigos». No hay duda alguna que la sociedad azteca era una sociedad marcada profundamente por la

religión y la guerra. Importa puntualizar que, en el mundo azteca, la guerra estaba al servicio de la religión.

LOS AZTECAS: EL IMPERIALISMO ANTROPÓFAGO

Los miles y miles de turistas que, año tras año, llegan a México visitan la Gran Pirámide de Tenochtitlán. Con más de sesenta me-

tros de altura y construida para rendir homenaje Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra, causa la admiración de los visitantes extranjeros.

Sin embargo, pocas veces los turistas se enteran de los acontecimientos históricos que en ella sucedieron durante decenios. Los guías suelen relatar con orgullo que los aztecas construyeron estas pirámides sin

«El despotismo bajo Moctezuma era peor que en los más envilecidos Estados de África. Las mujeres eran poco menos que mercancía. Los reyezuelos y los caciques disponían de ellas a su antojo»

algunas tecnologías que los egipcios ya conocían, como las poleas y algunos tipos de ruedas antiguas. Se les suele informar a los turistas que las pirámides tenían una función religiosa. Los guías más sinceros suelen deslizar, al pasar, que las pirámides aztecas cumplían una función religiosa y que eran usadas como nexo con los dioses y como sitio de sacrificio y que, por eso, las pirámides aztecas, a diferencia de las egipcias, tenían un espacio plano donde se colocaba a la víctima. Y ahí se suele detener la explicación. Sin embargo, resultaría muy relevante que profundizaran su explicación, porque así se derrumbaría, por sí misma, el mito de la leyenda negra como un castillo de naipes. «El sacrificio humano –escribe el arqueólogo mexicano Alfonso Caso, quien fuera rector de la Universidad Nacional Autónoma de

México– es esencial en la religión azteca, pues, si los hombres no han podido existir sin la creación de los dioses, éstos a su vez necesitan que el hombre los mantenga con su propio sacrificio y les proporcione como alimento la sustancia mágica, la vida que se encuentra en la sangre y el corazón humanos».

Por su parte, el escritor, diplomático y académico venezolano Mariano Picón Salas, sostiene que: «Dentro de esa teogonía, hasta la vida celeste es una continua guerra y un continuo sacrificio. Para que brille el sol todas la mañanas, Huitzilopochtli, el fiero dios joven, tiene que entablar un siempre reanudado combate con las estrellas y la luna... Toda esa lucha cósmica por vivir, sería, sin embargo, insuficiente si los hom-

**“EL SENADO DE TLAXCALA”,
Rodrigo Gutiérrez. Retrata la discusión sobre la alianza con Hernán Cortés contra Tenochtitlán**



© Museo Nacional de Arte, México

bres no le dieran al Sol, para afrontar con energía tantos peligros, el *chalchiuallt*, la caliente sangre humana, la bebida que más conforma a la divinidad». Muchos historiadores, por delicadeza, omiten narrar cómo se producían los sacrificios humanos. Los cultores de la leyenda negra lo omiten adrede y otros no los mencionan simplemente por indoctos.

Hoy, la evidencia científica es abundante e irrefutable: piedras de sacrificios con restos de hemoglobina, herramientas de obsidiana para esta labor, esqueletos humanos ejecutados por cardioectomía con marcas de corte en las costillas, decapitaciones... Las pruebas que confirman el Holocausto azteca son abrumadoras.

Ahora que no pueden negar la existencia de los sacrificios humanos, como los negó Bartolomé de las Casas, los predicadores de la leyenda negra sostienen que hay que «poner los sacrificios en su contexto». Claro que sí, el contexto es que todos los pueblos oprimi-

dos por los aztecas, a los cuales se le arrebatában sus hijos para ser sacrificados, odiaban a los aztecas y, por eso, conducidos por tan sólo trescientos españoles, conformaron un ejército gigante para derrotar al imperialismo azteca y terminar con los sacrificios humanos. Cuando se analiza la historia sin prejuicios y no se quiere ocultar la verdad –como hacen los supuestos historiadores que escriben sobre el supuesto genocidio que implicó la conquista española de América, pero que callan el tema de los sacrificios humanos realizados por los aztecas–, se llega a la conclusión de que los aztecas llevaron a cabo como política de Estado la conquista de otros pueblos indígenas para poder tener seres humanos para sacrificar a sus dioses. Año tras año, los aztecas le arrebataban a los pueblos que habían conquistado a sus niños y niñas para asesinarlos en sus templos.

«El número de las víctimas inmoladas– no tiene más remedio que reconocer Williams Prescott, uno de los historiadores más

Muchos historiadores omiten narrar cómo se producían los sacrificios humanos. Los cultores de la leyenda negra lo omiten adrede y otros no los mencionan simplemente por indoctos

críticos de la conquista española y uno de los más fervientes defensores de la civilización azteca— era inmenso. Casi ningún autor lo computa en menos de veinte mil cada año, y aún hay alguno que lo hace subir hasta ciento cincuenta mil». Sin embargo, no se le escapa a Prescott la palabra genocidio cuando se refiere a estos hechos, como sí la usa, ligeramente, cuando habla de la conquista de América por España.

En 1487, para festejar la finalización de la construcción del gran templo de Tenochtitlán, las víctimas del sacrificio formaban cuatro filas que se extendían a lo largo de la calzada que unía las islas de Tenochtitlán. Se calcula que en esos cuatro días de festejo los aztecas asesinaron entre veinte mil y veinticuatro mil personas. Nuestro apreciado Prescott, insospechado de hispanismo, da una cifra todavía más escalofriante: «Cuando en 1486 se dedicó el gran templo de México a Huitzilopochtli, los sacrificios duraron varios días y perecieron setenta mil víctimas».

Cuando Hernán Cortés emprendió el asalto final a la capital azteca de Tenochtitlán, acompañado de trescientos mil indios enemigos de los aztecas, habían pasado tan

sólo treinta y cuatro años desde la masacre de 1486, que le costara la vida a setenta mil indios dominados por el imperialismo azteca. Sin embargo, los historiadores negrolegendarios no se ponen a pensar cuántos de esos trescientos mil indios que acompañaron a Cortés en el asalto final a Tenochtitlán eran hermanos, hijos o nietos de esas setenta mil víctimas. Recordemos, además, que la masacre de Tenochtitlán no fue la

última y que, hasta el último día de su existencia, el Estado azteca continuó sacrificando seres humanos en sus templos.

Si se piensa un minuto en ese pequeño detalle, se comprende fácilmente por qué le resultó tan «sencillo» a Cortés reclutar y comandar ese formidable ejército indio. Para esos indios la caída de Tenochtitlan tuvo el mismo significado que, muchos años des-

Quando Hernán Cortés emprendió el asalto final a la capital azteca, habían pasado tan sólo treinta y cuatro años desde la masacre que le costara la vida a setenta mil indios dominados por el imperialismo azteca

pués, tendría para las víctimas del holocausto nazi la caída de Berlín en 1945.

Para los parientes de las setenta mil víctimas, Cortés no estaba conquistando México, Cortés estaba liberando México de la más terrorífica dominación que haya existido en la historia. Admirar al imperialismo azteca por la fabulosa construcción de las pirámides en México es equivalente a admirar al imperialismo nazi por la fantástica construcción de las magníficas autopistas en Alemania.

Los mismos historiadores y antropólogos que acusan a España de haber realizado la conquista más cruel que conoce la historia, para justificar los sacrificios humanos en masa realizados por los aztecas en 1487, han sostenido que los «pobres» aztecas estaban obsesionados con la idea de que sus dioses necesitaban beber sangre, y que la guerra para conseguir víctimas para ser sacrificadas era para los aztecas una guerra santa. Digamos al pasar que, si hay un pueblo al que se le ha

falsificado su propia historia, ese pueblo es el pueblo de México. Se les hace creer a los mexicanos que todos son descendientes de tan solo uno de los pueblos, los aztecas, que

poblaban el actual territorio de México, y se les hace olvidar que muchos descendían de los pueblos que los aztecas capturaban para realizar sus sacrificios humanos.

Una de las características del colonialismo y de todos los imperialismos a lo largo de la historia ha sido la lucha incesante por conseguir materias primas, la lucha por el aprovisionamiento de los materiales es-

tratégicos en cada época histórica. Lo que hizo único en su especie al imperialismo azteca es que fue, justamente, el único imperialismo en la historia de la humanidad que luchó constante e incesantemente por conseguir carne humana. La materia prima estratégica por la cual lucharon siempre los aztecas fue la carne humana.

La discusión del por qué los aztecas comían carne humana es políticamente irrelevan-

**Para esos indios la
caída de Tenochtitlán
tuvo el mismo
significado que,
muchos años
después, tendría
para las víctimas del
holocausto nazi la
caída de Berlín en
1945**

te para descifrar el por qué de la derrota del imperialismo azteca frente a un puñado de españoles.

Lo políticamente importante para comprender la victoria de Cortés y sus hombres es que los aztecas asesinaban en masa y comían todos los días, como si fuesen corderos o pollos, a cientos de hombres, mujeres y niños de los pueblos que los aztecas oprimían y dominaban. Las víctimas de los sacrificios humanos y el «almuerzo» de la aristocracia azteca provenían de los pueblos que los aztecas sojuzgaban, y esto les ganó el odio eterno de los padres, madres, hermanos y hermanas de las víctimas.

Fue ese comprensible odio el que llevó a los pueblos esclavizados por los aztecas a conformar el gigantesco ejército que, conducido por Cortés, acabó de una vez y para siempre con los sacrificios huma-

nos. Las espadas, la pólvora y el caballo hubieran sido impotentes frente a los ejércitos aztecas de no haber sido por los tlaxcaltecas, texcocotecas, cholultecas, xochimilcatecas y

otomíes. Por eso tiene razón el mexicano José Vasconcelos cuando afirma que la conquista la hicieron los indios.

La base de la falsificación de la historia que se produce habitualmente en México tiene como primera premisa la identificación de todos los mexicanos con los aztecas, cuando, en realidad, la mayoría de la población de México descende de los pueblos que los sacerdotes aztecas sacrificaban arrancándoles el

corazón, y la nobleza azteca devoraba en alegre festín.

Si los mexicanos tomaran conciencia que la mayoría de ellos son descendientes de los pueblos que fueron víctimas del canibalismo azteca, la leyenda negra se derrumbaría como un castillo de naipes. ■

Lo políticamente importante para comprender la victoria de Cortés y sus hombres es que los aztecas asesinaban en masa y comían todos los días, como si fuesen corderos o pollos, a cientos de hombres, mujeres y niños

EL FIGÓN HISTÓRICO Y DAVID NIEVAS

LOS AUSTRIAS

La historia ilustrada del imperio
donde no se ponía el sol





40

<https://laushispaniae.es/> | @laushispaniae |
<https://www.facebook.com/laushispaniae/>

CONQUISTA DE MEXICO

ESPAÑA EN AMÉRICA

LA AMÉRICA VIRREINAL

UN OLVIDADO MODELO DE ÉXITO

ALBERTO G. IBÁÑEZ, autor de *La Leyenda negra. Historia del odio a España*

Desde que la América hispana se independizó de la metrópoli, ha estado inmersa en numerosos conflictos internos, guerras por fronteras antes inexistentes, golpes de Estado recurrentes, decadencia económica y social... Los nuevos dirigentes criollos tuvieron que optar por la salida más fácil: echar la culpa de todos los desastres que ellos mismos provocaban al pasado español. Era un recurso eficaz que se ha mantenido en el tiempo, presto a parar cualquier intento de hacer autocrítica o buscar otros posibles enemigos externos más al norte.

La ecuación se completaba con el axioma de que en el sur no había llegado la «modernidad», aceptando como fe revelada un concepto de tal acuñado por el pensamiento franco-anglosajón que suponía, al menos hasta mediados del siglo XX, entre otras cosas, menospreciar el mestizaje, que era lo realmente moderno, encumbrando en su lugar las tesis de la pureza de raza. Contra esta maldición histórica poco se podía hacer, más allá de lamentarse de que «no nos hubieran conquistado los ingleses...», ignorando así que, de haber arribado estos a América por primera vez, la gran mayoría de los actuales ciudadanos de Hispanoamérica no habrían nacido, especialmente los indígenas y los mestizos.

En las presentes líneas nos proponemos demostrar que esa fórmula autoexculpatoria se fundamenta en falsedades o hechos sacados de contexto, resultando injusta y simplificadora, al tiempo que constituye un pensamiento circular cómodo para las elites locales, que así se libran de su propia responsabilidad. Dicha estrategia provoca asimismo un efecto secundario: borrar cualquier rastro de memoria colectiva que pudiera recordar que antes de la independencia existió un modelo político, economi-

co y cultural que funcionaba, un caso de éxito y referencia potencial incluso para otras partes del planeta, que sin embargo ha sido menospreciado sin grandes matices. De

ahí que el modelo que se plantearon, en un principio, tanto José de San Martín como Simón Bolívar fuera mantener los virreinos o, en su caso, lograr una América hispana unida que pudiera competir con la amenaza del norte y el gran Brasil. ¿Por qué no se logró? Lo cierto es que la guerra de la independencia llevó a la multiplicación de clanes y fron-

teras, mientras Estados Unidos y Brasil aprovecharon la ocasión para incrementar su respectivo territorio, en el caso del norte a través de una guerra muy cruenta con el ya independiente México.

Paradójicamente, se pasó directamente del potencial paraíso prehispánico a las nuevas naciones formalmente independientes, aunque en realidad fueran dominadas por las minorías criollas. En medio, «necesariamente» solo podía haber oscurantismo, medievalismo, crueldad, corrupción e ineficacia. Pero tal vez, al final de este artículo, algunos se atrevan a preguntarse cuál es la razón de este engaño o «cortina de humo» mantenida a lo largo del tiempo. Ahí va una pista: el apelativo «latinoamericano» no

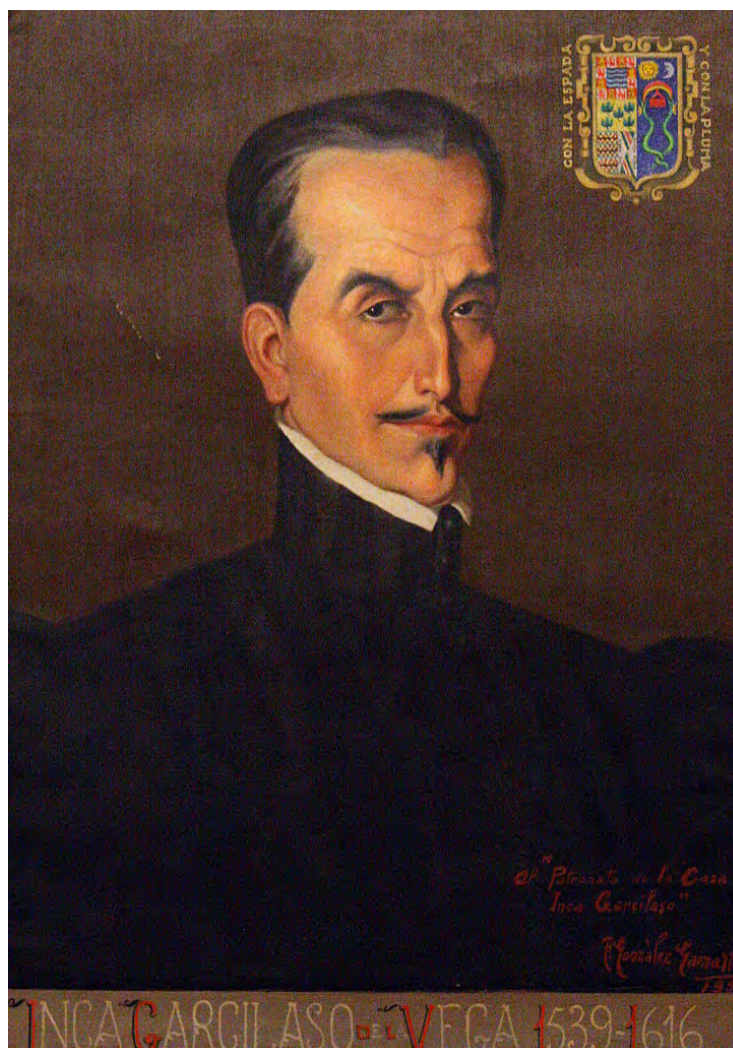
La América prehispana no era ningún paraíso idílico rousseauniano: las guerras internas eran moneda de cambio, había sacrificios humanos y canibalismo

procede de una intención meditada de enlazar con el Imperio romano y de su lengua, el latín, sino de una operación medida y orquestada por Francia a partir de su intervención directa en México a través del «emperador» Maximiliano. La prueba de que se trató de una mera estrategia de geopolítica oportunista es que el cambio de denominación no llegó nunca a asumir en justa reciprocidad la parte de culpa de esas otras potencias latinas, como Francia e Italia, en el presunto e inveterado atraso de esta parte del mundo. De hecho, en la actualidad el país más pobre de “Latinoamérica” es Haití, de herencia francesa, pero nadie saca la fácil conclusión que de este hecho en otro caso se haría. En este artículo nos referiremos a la América hispana o al «mundo hispano» como el conjunto de países de lengua española que en su día formaron parte de la Corona hispana.

REPENSAR EL PASADO PARA GANAR EL FUTURO

Que los españoles cometieran algunos excesos cuando llegaron a América no debería ser noticia. La propia España ha sido invadida en seis ocasiones y nunca fueron precisamente ONG las que lo hicieron. La leyenda del genocidio español sirve en realidad para ocultar tres hechos que perjudican a otros.

En primer lugar, la América prehispana no era ningún paraíso idílico rousseauniano: las guerras internas eran moneda de cambio, existían pueblos sometidos por otros pueblos, había sacrificios humanos y cani-



balismo, y el Imperio maya había desaparecido siglos antes de llegar los españoles. Si estos pudieron extenderse de forma relativamente fácil sólo se explica porque supieron aprovecharse de las rencillas internas preexistentes. De hecho, la (segunda) imagen de los indígenas que tienen los hombres de Colón cuando vuelven es que todos los marinos que habían dejado en el fuerte Natividad habían sido asesinados.

El Inca Garcilaso de la Vega, por Francisco González Gamarra.



Luis de Velasco y Alarcón, segundo virrey de Nueva España

En segundo lugar, están los errores y horrores de otras potencias colonizadoras. El caso del Imperio británico es sintomático, pues, siendo el responsable de las mayores matanzas, es el que mejor imagen mantiene: en Canadá murió el 95 % de los indígenas, en Tanzania el 100 %, al norte del Río Grande (parte anglosajona de América) no quedaron casi indios y la práctica de cortar cabelleras no existía antes de la llegada del hombre blanco. En Australia, entre el 70 y el 80 % de los aborígenes fueron esquilados y considerados hasta bien entrado el siglo

La posición de la Corona y de la Iglesia fue favorable a los derechos de los indios desde un principio, como lo muestran las leyes modélicas que se dictaron

XX como «no-humanos», ya que aquello debía ser una «tierra vacía» para legitimar la conquista. Pero tampoco el legado de Francia, Holanda o Bélgica (en el Congo) es para sacar pecho. De hecho, la leyenda negra de África, el continente más pobre y corrupto del mundo, está por escribir.

En tercer lugar, hay que mencionar los propios excesos y genocidios que se produjeron en la América hispana después de la independencia: la destrucción de los indios pastos de Ecuador por Bolívar; la erradicación de los araucanos y mapuches en Chile y la confiscación de sus tierras; la campaña del desierto en la Patagonia argentina donde perecieron unos catorce mil indios según el comité que acompañó al ejército (otros estudios elevan y bajan esta cifra), fundamentalmente mapuches y tehuelches, que hasta entonces habían vivido en paz, la muerte del 67 % de los indios paraguayos sin respetar ni edad ni sexo, el exterminio de los chirigua-

nos en Bolivia o la persecución de los yaquis (veinte mil muertos) y el práctico exterminio de los mayas en México en tiempos de Porfirio Díaz... De hecho, en el México que España abandona, el 50 % eran indígenas, mientras hoy se reconocen como tales menos del 30 %. ¿Qué pasó con la diferencia?

Pero, incluso poniendo la lupa en los excesos de los españoles que llegaron a América, hay que tener en cuenta que la posición de la Corona, y de la Iglesia, fue favorable a los derechos de los indios desde un principio, como lo muestran las leyes modélicas que se dictaron. Mucho más si lo comparamos con la postura de los países protestantes, que legitimaron doctrinalmente años después el genocidio. Por otra parte, la mayor parte de los excesos que hubo por parte española son de cuenta de los antecesores de los actuales criollos, no de los españoles peninsulares de hoy, cuyos ancestros, en su inmensa mayoría, no pusieron un pie en América; ni tampoco de sus gobernantes, que trataron de favorecer a los indios, aunque no siempre lo consiguieran. Fueron los antecesores de los actuales criollos los que se resistieron a cumplir las leyes protectoras de los indios que dictaba la Corona e intentaban hacer cumplir los virreyes, eliminando la encomienda, por ejemplo.

No estaría de más que se estudiara en las escuelas la lista de virreyes, entre los cuales hubo muy buenos, honestos y valerosos gobernantes, lo mismo que monjes y eclesiásticos. En definitiva, si el Imperio español hubiera sido tan malo, ¿cómo se explica que durara más de tres siglos? ¿Cómo



aceptar que algunas de las tribus indias más conocidas se pusieran de parte de la Corona en la guerra de la independencia? Parece que algo se nos escapa.

Álvaro Manrique de Zúñiga, séptimo virrey de Nueva España

LA ÉPOCA VIRREINAL: UN CASO IGNORADO DE ÉXITO

La América virreinal hizo grandes aportaciones en el terreno político, económico, comercial y cultural. No se trata de ocultar carencias y errores, ni de crear una leyenda dorada de lo hispano sin mancha, sino de

«SOR JUANA
INÉS DE LA
CRUZ», por
Andrés de Islas
(1772)



apreciar que existe un importante legado, en muchos aspectos digno de admiración. Los imperios portugués y español fueron los primeros en poner en práctica algo parecido a una globalización –además actuaron unidos al menos sesenta años (1580-1640)–. Contaron con un elevado grado de innovación tecnológica, un sofisticado entramado institucional y militar, así como un eficaz sistema educativo para los estándares de la época.

RELIGIÓN, CULTURA Y LENGUA

Se ha acusado al Imperio español de haber acabado con las culturas precolombinas.

Cuando llegaron los españoles las culturas incas y mayas estaban ya en decadencia, y la azteca, que tampoco estaba en su mejor momento, había acabado asimismo con otras culturas preaztecas

Sin embargo, cuando llegaron los españoles las culturas incas y mayas estaban ya en decadencia, y la azteca, que tampoco estaba en su mejor momento, había acabado asimismo con otras culturas preaztecas. La España que coloniza América era la misma España romanizada, cuya cultura autóctona había desaparecido por obra de la civilización romana. La religión cristiana que transmitía era la misma que los propios españoles habían asumido, olvidando sus previos cultos íberos y celtas. Tan mala no sería cuando acabó con la presencia de sacrificios humanos y canibalismo, y sobrevive hasta el día de hoy.

Hoy son una excepción los que en Hispanoamérica no reconocen la riqueza de la lengua española, que les ha servido de instrumento de cohesión en el continente y

de base del éxito formidable de las letras hispanoamericanas en el mundo. Es difícil pensar que la obra de un Borges, un Octavio Paz, un García Márquez o un Vargas Llosa (todos ellos descendientes de algún europeo) habría sido tan conocida si hubiera sido escrita en guaraní o aimara. En todo caso, España no impuso su lengua a fuerza de bayoneta como otros. Por el contrario, si las lenguas indígenas sobreviven hoy

es gracias a los evangelizadores que elaboraron diccionarios y gramáticas. El primer libro que se imprimió en el continente americano fue una gramática náhuatl. Se impuso el aprendizaje de las lenguas indias por los misioneros antes que la enseñanza del español a los nativos. Y de haber habido imposición, ésta se produjo después de la independencia, cuando los nuevos Estados se percataron que necesitaban una lengua común para funcionar con la cohesión debida.

El modelo hispano en particular supuso un mestizaje real de razas y de culturas, adelantándose algunos siglos a la multiculturalidad que defiende la posmodernidad. Mientras, desde el mundo franco-anglosajón se acusaba a los españoles de falta de pureza de raza por haberse mezclado desde

Se impuso el aprendizaje de las lenguas indias por los misioneros antes que la enseñanza del español a los nativos. Y de haber habido imposición, ésta se produjo después de la independencia

hispano cuenta con la primera poetisa y feminista de América, sor Juana Inés de la Cruz, considerada parte del Siglo de Oro de las letras españolas. A ella cabe unir nombres como Carlos de Sigüenza y Góngora, Bernardo de Balbuena, Miguel de Guevara, Juan de Palafox o Luis de Sandoval. Por otra parte, el rey Carlos III consideró al escultor Caspicara el Miguel Ángel de América.

UNA REGIÓN ECONÓMICAMENTE PRÓSPERA

Todavía a principios del siglo XIX, Hispanoamérica era bastante más próspera que Estados Unidos y que la mayor parte de los países europeos, incluida la propia España. Como señaló Azorín, la decadencia tal vez podía predicarse de la metrópoli, pero

muy pronto con semitas y musulmanes, y más tarde con indígenas, algo impensable para los «modernos» ingleses o los ilustrados franceses. Si buceamos en la esencia de la América virreinal, encontramos además un equilibrio entre lo económico y social, haciendo compatibles un sano individualismo con una colectividad solidaria. Por último, no fue ningún páramo cultural. Sin hablar del inca Garcilaso, el mundo

no de sus colonias, que prosperaban en paz y de forma bastante independiente. La lengua española se hablaba en más de mil novecientas leguas de largo y existía un eficaz servicio de correos desde Paraguay hasta la costa noroeste de la América septentrional. ¿Es ésta la imagen de un imperio anquilosado, antiguo e ineficaz?

El Virreinato de Nueva España (1535-1821) era la región más rica, culta y avanzada no solo de América, sino superior a muchas naciones europeas y una de las más ricas del mundo. Lideraba la economía y civilización global gracias a las rutas comerciales que unían China y Japón con Cádiz y Sevilla, al «duro» mexicano de plata como primera moneda de circulación universal y a una imprenta establecida en fecha tan temprana como 1539. Aunque España se benefició de la extracción de oro y plata, una parte importante permaneció allí, pues la Corona española carecía de medios para extraer directamente esos metales preciosos.

En términos sociales, las Leyes y ordenanzas de Burgos de 1512, junto a otras firmadas por Carlos I el 4 de septiembre de 1528 y las «leyes nuevas» de 1542, completaron un verdadero germen de derecho laboral. Incluían

normas como la prohibición del trabajo de mujeres (estrictamente a partir del cuarto mes de embarazo) y niños menores de catorce años; el derecho a una vivienda digna para los trabajadores; un periodo de descanso de tres meses por año... Ya hubieran querido disponer de estas normas los indios de Norteamérica.

PENSAMIENTO Y CIENCIA

A menudo los propios ciudadanos del mundo hispano achacan su decadencia a la falta de una Ilustración

española. Pero esto dista de ser cierto. Los ilustrados españoles existieron, pero no fueron famosos por tres motivos: uno, porque la Revolución francesa polarizó el objeto de interés; dos, porque la reforma ilustrada a la española fue suspendida debido a la invasión de otro francés (Napoleón); y tres, porque no eran utópicos o idealistas (ni cortaban cabezas), sino pragmáticos y realistas.

Más importante resulta el peso del siglo XVI, que es cuando se conforma el entramado económico-institucional de la América hispana. En esa época, el predominio español en Europa era evidente no solo en el terreno político-militar, sino también en

El Virreinato de Nueva España (1535-1821) era la región más rica, culta y avanzada no solo de América, sino superior a muchas naciones europeas y una de las más ricas del mundo

el artístico, científico, cultural y filosófico. España fue el instrumento que permitió el renacer cultural de Europa, a través de la Escuela de Traductores de Toledo, y dominó la teología y el pensamiento, al menos, hasta finales del siglo XVI con la estela de la Escuela de Salamanca. Sin embargo, curiosamente, la historia de la filosofía elaborada tradicionalmente por Francia, Inglaterra y Alemania ignora prácticamente el siglo XVI y pasa directa y abruptamente del siglo XV al XVII, con Descartes y Newton. ¿Por qué será?

Desde el punto de vista científico, como han reconocido ya numerosos historiadores, España no habría podido llegar a América, mantener rutas marítimas seguras y estables a lo largo del planeta, dominar el pacífico y mantener tres siglos un enorme imperio sin unos conocimientos científicos a la altura de tamaña empresa. Se ha criticado el control férreo que ejercía la Iglesia

sobre las Universidades, lo que dificultó el estudio de las ciencias, pero este aspecto no puede ocultar que se construyeran más de veinte universidades siguiendo el modelo de la de Salamanca. Tampoco puede ser despreciado que se organizaran expediciones científicas de enorme relieve, además de la de Balmis (1803-1805), que sirvió para vacunar al continente hispano de la viruela, mientras los colonos del norte regalan mantas contagiadas a los indios para causar su muerte.

EL MODELO ECONÓMICO

A principios del siglo XVI, España no solo era una potencia naval, militar y tecnológica, era también el país con mayor renta per cápita de Europa. No fue por tanto casualidad que fuera ella, y no otros, la que llegara primero a América. Todo ello habría sido imposible sin contar con un modelo económico y moral. La visión hispana del libera-



«ENTRADA DEL VIRREY MORCILLO EN POTOSÍ», Melchor Pérez de Holguín (1716)

lismo que diseñó la Escuela de Salamanca | Pufendorf o Spinoza, pero son estos últimos los que luego se llevarían la fama como creadores del liberalismo y del individualismo occidental. Más recientemente, Joseph Schumpeter ha reconocido que se debe a los autores de la Escuela de Salamanca la fundación de la economía como disciplina científica bien definida.

Las Universidades de Salamanca, Sevilla, Valencia y Alcalá de Henares, durante los siglos XVI y XVII, sentaron las bases del funcionamiento del mercado, así como los principios del crecimiento económico, que se demuestra en la influencia que tuvo Juan de Mariana sobre John Locke, en Inglaterra, y sobre John Adams, en Estados Unidos. Los autores de la escolástica salmantina del XVI (Vitoria, Suárez y Molina) sirvieron también de influencia a autores como Althusio, Grocio,

La visión hispana del liberalismo que diseñó la Escuela de Salamanca ha sido el contrapunto olvidado a la visión triunfante finalmente impuesta por el mundo anglosajón

ritorio un monocultivo en función de los intereses de la metrópoli, la economía de América virreinal era rica y variada. La riqueza se mostraba en grandiosas construcciones (muchas de las cuales se conservan),

Biombo del Palacio de los Virreyes de México



sobre todo monasterios, iglesias y conventos, pero sin desdeñar un buen sistema de fortificaciones y defensas, grandes obras hidráulicas o una impresionante red de calzadas, incluida la que cruzaba los Andes. También se construyeron más de cuarenta hospitales, donde se practicaba una medicina mestiza y se atendía sin distinción de raza desde un principio. Basta mirar a la Sudáfrica del Apartheid en pleno siglo XX para apreciar la diferencia.

La carga fiscal, contra lo que se ha dicho, nunca fue abusiva. Existía una solidaridad interna entre virreinos, en virtud de la cual los más ricos transferían rentas a los más deficitarios. De hecho, en los últimos tiempos del Imperio cabe hablar de la América virreinal como un espacio económico unido, con políticas de solidaridad interterritorial, una moneda única (el real de a ocho), idioma y religión común y libertad de comercio con Asia. Algo que ya quisiera hoy para sí la propia Unión Europea.

Por último, la economía pudo prosperar porque había paz interna y la defensa de las costas la garantizaban las fuerzas mandadas desde la Península.

EL BUEN GOBIERNO SUDAMERICANO

Se debe a España la creación de la monarquía moderna fundamentada en un pacto

Se debe a España la creación de la monarquía moderna fundamentada en un pacto que obligaba al rey y a los súbitos al cumplimiento de las leyes/ libertades, sometidas a la moral cristiana.

que obligaba al rey y a los súbitos al cumplimiento de las leyes y libertades, sometidas a la moral cristiana. Y cuenta en su haber con cuatro de los mejores reyes-gobernantes (y no solo guerreros) de todos los tiempos, a la altura de los grandes emperadores romanos o germanos: Isabel I, Fernando II (y V) el Católico, Carlos I (y V de Alemania) y Felipe II. Cinco si añadimos al Cardenal Cisneros, al que cabe conside-

rar como «el quinto rey» y al que los propios historiadores franceses han reconocido superior en méritos al mismo Richelieu. Estos fueron los que diseñaron el marco político-institucional que funcionó en la América virreinal. No podía por tanto ser tan malo, pues duró más de trescientos años.

A nivel institucional hicieron importantes aportaciones: el Consejo de Indias, los virreinos, las corregidurías, las hermandades armadas, los alcaldes mayores, el uso de la terna para la elección de ciertos cargos... Cabe destacar la institución de la «residen-

cia», por la que, una vez cesada una autoridad o magistrado, se sometía durante entre treinta y cincuenta días (en los que permanecía en su residencia, de ahí el nombre) a un examen de su gestión, pudiendo presentarse quejas o elogios a la misma por parte de *todos* los gobernados, incluidos los indios. Todo ello sin contar con los «visitadores», agentes enviados especialmente por el rey para comprobar el buen hacer de tal o cual autoridad; o la vigilancia permanente que ejercía el Consejo de Indias; o la norma de que la duración del mandato de un virrey fuera de tres años, renovables a otros tres, inaugurando así la limitación de mandatos.

Otras instituciones que jugaron un papel muy relevante en la América virreinal fueron el Patronato Real (que articulaba las relaciones Iglesia-Estado) y las Audiencias reales, que tenían bastante prestigio e impartían justicia de forma independiente del poder de los virreyes. La primera Audiencia se fundó en 1511 y es anterior al Consejo de Indias y al sistema virreinal. Por último, no hay que olvidar que España ha sido la única potencia colonizadora que se ha cuestionado la legitimidad de su propia acción en juicio público (la controversia de Valladolid).

La presencia española solo estaba justificada en la medida en que sus gobernantes demostraran ser más respetuosos con el Derecho natural, tal como lo entendía la Escuela de Salamanca, que los propios indígenas.

No hay que olvidar que España ha sido la única potencia colonizadora que se ha cuestionado la legitimidad de su propia acción en juicio público

¿ES POSIBLE UN RENACIMIENTO DEL MUNDO HISPANO?

Si tan bueno era el modelo hispano, ¿por qué se ha olvidado y despreciado? Existen varias causas, pero una de ellas, no menor, fue la intervención de los Estados Unidos, Francia

y Gran Bretaña desde el minuto uno de la independencia para impedir una América hispana unida, dividiéndola en muchas pequeñas naciones, más fáciles de manejar y en las que poder intervenir, al tiempo que se fomentaban las rivalidades entre ellas y con España. A ello se une que la mayor parte de la historiografía relativa a la América virreinal se basa en fuentes francesas y anglosajonas con dos puntos en común: presentan un análisis tendencioso lleno de errores históricos de bulto y son recibidas con grandes elogios por la crítica de sus países, y paradójicamente..., también de gran parte del mundo hispano. Mientras tanto, Hollywood y la BBC se dedican a «vender» el modelo anglo con multitud de series y películas.

Aunque para ser justos no todo han sido críticas: Hipólito Tayne, historiador francés, ha considerado que la España de 1500 a 1700 supuso «un momento superior en la especie humana». El francés Maurice Legendre ensalzaba la civilización española contraponiendo la economía española, épica y espiritual, con la americana, basada en una cultura materialista. Charles F. Lummis (1893) destacó la labor que realizaron «los pioneros españoles».

El historiador norteamericano Herbert E. Bolton resaltó el papel educador, protector e integrador que desempeñaron las misiones españolas, en comparación con la campaña de exterminio llevada a cabo en el norte. Y en 1971, el catedrático californiano P.W. Powell defendió que las relaciones de Estados Unidos con el mundo hispano se habían basado casi en su totalidad en prejuicios y propaganda totalmente falsos.

Y, sin embargo, a pesar de las críticas y de hacer oídos sordos a los que nos alaban, lo cierto es que, milagrosamente, entre los países hispanos de ambos hemisferios, además de rencores interesados, se mantiene una hermandad de sentimiento, una comunidad lingüística que se extiende a la literatura, la canción o el cine, por no hablar de una «misma cultura jurídica» (S. González-Varas). Bastaría convertir esa co-

munidad de facto en una estructura político-económica eficaz. De hecho, mientras los españoles y los hispanos nos peleamos entre nosotros, nuestros competidores culturales, políticos y económicos se frotan las manos.

El renacimiento de la América hispana es posible, pero no pasa por seguir buscando chivos expiatorios en sus propios abuelos

El renacimiento de la América hispana es posible, pero no pasa por seguir buscando chivos expiatorios en sus propios abuelos y tatarabuelos, ni por tratar de aplicar recetas indigenistas pen-

sadas para un mundo que ya no existe, ni por acudir a planteamientos foráneos que ya han demostrado de forma reiterada su fracaso (e.g. comunismo). Su mejor opción es recuperar su mayor periodo de éxito, de prosperidad y de modernidad: la América virreinal, cuna del mestizaje, polo de progreso económico y social, conexión comercial del mundo y ejemplo de honestidad y eficacia en sus dirigentes.

Para ello hay que empoderarse de la historia propia rescatándola de manos interesadas. Sólo así se podrá valorar lo bueno que en el pasado ha habido, apreciando por ejemplo que la relación entre españoles e indígenas no fue solo de conflicto, sino también de colaboración. El futuro de la América hispana está por escribir, pero sólo será exitoso si no trata de cortar las raíces de un árbol que una vez fue fuerte y grande. ■



HERNÁN CORTÉS

EL ALMA DE UN CONQUISTADOR

MANUEL FUENTES,
creador del blog [Libros y lanzas](#)

No es la Providencia la que concede y arrebatata a su libre albedrío la gloria a unos pocos elegidos; «audentis Fortuna iuvat», la fortuna favorece a los audaces, decía Turnus en la Eneida de Virgilio. Y es que los antiguos romanos, al igual que sus ayos griegos, sabían perfectamente que a la buenaventura había que buscarla, no era suerte que, por mano de Dios, se dejase caer sobre la gente como maná del cielo. Hernán Cortés lo sabía, y por eso persiguió infatigablemente la gloria hasta límites insospechados, dejando atrás sentimientos, forjando nuevos valores, haciendo acopio de bizarro valor, siendo capaz de lo mejor y de lo peor...

Inquieto, audaz y aventurero, inconformista por naturaleza, carismático hasta la médula, piadoso de Dios, ducho en política y con una visión empresarial formidable: así era Hernando Cortés, el hidalgo extremeño que en las Indias pasó a ser el capitán general de la hueste que, «para servir a Dios y al rey», consiguió aunar a los más diversos pueblos que ningún embajador viera en la empresa más ambiciosa de su tiempo: la conquista del imperio Mexica y el alumbramiento de la Nueva España.

LA GRACIA CORTESIANA, UN CARISMA ENVIABLE.

Hablar de Hernán Cortés es hablar del carisma personificado. La *gracia cortesiana*, como a mí me gusta llamarla, es el rasgo más distintivo y sobresaliente del conquistador de México. Cortés era bien conocedor de su virtud y no dudó en hacer gala de ella y explotarla al máximo, ya fuera para conquistar a una dama, engañar a un mercader, torear a la autoridad, ganarse el favor de su emperador o terminar domesticando al mismísimo Moctezuma en su propia ciudad. No se puede entender la figura ni la personalidad de don Hernando sin tener en cuenta su carisma.

No exageraba el cronista-conquistador Bernal Díaz del Castillo cuando aseguraba que, si hubiese sido necesario, «todos pusieramos la vida por él». Es para creer. Ante todo, Hernán Cortés gozó de la fidelidad de los hombres que lo acompañaron en su aventura por México.

Inquieto, audaz y aventurero, inconformista por naturaleza, carismático hasta la médula, piadoso de Dios, ducho en política y con una visión empresarial formidable: así era Hernando Cortés

Verbo, carisma e improvisación se hicieron ardid en el trato constante del conquistador con cuantos nuevos y desconocidos pueblos iba topando, daba igual mayas de Centla o Potonchán que nahuas de Cholula, Tlaxcala o Texcoco. No hay mejor probanza que la manera en la que aprovechó la fragmentación y debilidad de los pueblos sojuzgados por los mexicas a la vez que se ganaba la estima

del gran Moctezuma, señor de los aztecas. Él mismo se holgaba de su gran arte en la primera carta de relación que escribió a Carlos I: «Vista la discordia y disconformidad de los unos con los otros, no hube poco placer, porque me pareció haber mucho a mi propósito». A todos supo ganarse sin distinción: bien por las buenas, bien por las malas o bien aplicando el viejo truco del palo y la zanahoria, que en aquellas partes venía a ser el de la macana y el maíz. También sus compañeros de fatigas recibieron

la *gracia* del don de la palabra cortesiana, pues –siguiendo testimonios de antiguos hermanos de armas– ninguno pudo quejarse de falta de arengas, motivaciones áureas y discursos en pro de la unión. Y no, no era la suya palabrería hueca. Cortés sabía a la perfección cómo contagiar entusiasmo y distinguirse sobre sus hombres. Un buen ejemplo lo tenemos en el discurso que pronunció el de Medellín en las costas de México cuando desembarcaron: «Pocos sois, ya lo veo; mas tales ánimos, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos». En situaciones así, aquellas palabras eran tan necesarias para la hueste como lo es el agua en mayo. Se trataba de sobrevivir, saber adaptarse a un entorno completamente desconocido, con la dificultad añadida que implicaba la abismal inferioridad numérica inicial.

No fueron pocas las situaciones en las que, viéndose los españoles contra la espada y la pared, Cortés dio un paso al frente como el líder que era, esbozando las mejores loas y remembranzas ante sus hombres y animándolos a luchar con desnudo hasta la extenuación. Así sucedió en la celada de Cholula, en el infierno de la Noche Triste o

en el decisivo encuentro en los campos de Otumba.

Fueron muchas las necesidades y los peligros que aquellos hombres pasaron y es imposible contar cuántas fueron las razones que dio don Hernando a sus hombres para continuar, persuadiéndolos contra cualquier tipo de desertión. Cortés no podía descuidarse en ningún momento. A poco que el de Medellín se daba la vuelta, los paniaguados de Diego Velázquez, el gobernador de Cuba contra quien Hernán se había alzado, conjuraban para darle muerte o apoderarse de cualquier embarcación y poner rumbo y vuelta a la añorada

Cuba. También participaron de esta guisa algunos de los bisoños más temerosos que, cuando se enrolaron, poco o nada sabían acerca de dónde se metían. A unos, los más importantes, se los atrajo Cortés con el oro, que, como recordará Díaz del Castillo, «todo lo amansa»; otros vinieron a buenas con somero perdón y reposadas palabras, y los más tercos tuvieron mejor razonamiento decapitados o con la soga al cuello.

Mayor lealtad demostraron tlaxcaltecas, otomíes y demás pueblos del altiplano, fuer-

Es de admirar el olfato de Cortés para analizar y anticiparse a las situaciones y vicisitudes que se le fueron presentando por el camino. Él mismo se holgaba de su gran arte



Monumento a Cortés en Medellín

za de choque de la hueste y sin cuya ayuda la conquista hubiese sido poco menos que imposible. Fuese por necesidad, desesperación o fe ciega, todos confiaron fielmente en la voluntad de *Malinche* (nombre por el que conocían a Cortés), quien, merced a su carisma, fue capaz de aunar en torno a su persona un contingente tan abultado y va-

riado que ya lo decía William H. Prescott en su *Historia de la conquista de México*: «Cortés tuvo bajo sus órdenes la reunión más heterogénea de mercenarios que jamás se haya visto bajo un mismo estandarte [...]; hombres, en fin, diferentes en raza, en idioma e intereses y que nada tenían de común entre sí. Y, sin embargo, esta mezcla de hombres tan distintos estaba reunida en un solo campamento, sujeta a obedecer la voluntad de un solo hombre, a obrar con armonía, y se puede decir que a respirar un mismo espíritu y a moverse por un principio común de acción. En este maravilloso poder sobre las más divergentes masas reunidas bajo su bandera es donde se reconoce el genio del gran capitán, no menos que en la habilidad de dirigir expediciones militares».

UN CORAZÓN QUE NUNCA REPOSABA

Inconformismo: esa fue la máxima que guió la mayor de las veces las decisiones de Hernán Cortés, el motor principal de su vida. Desde luego, el extremeño irradió permanentemente un espíritu inquieto, inagotable, que muy acertadamente podría darse por innato si atendemos a su procedencia y a la época que le tocó vivir. Es muy probable que, entre la vida de *Amadís* y otros libros de caballerías que devorara de niño, el pequeño Cortés escuchara desde muy mozo, por boca de sus mayores, las muchas andanzas acometidas durante la Reconquista en buen servicio de los reyes de Castilla. Su propio padre, Martín Cortés de Monroy, participó con gran esfuerzo en la guerra de Granada. Y aunque este no dudó en adiestrar a su

único hijo en el oficio de las armas, prefirió encauzar la vida del zagal por derroteros más doctos y acomodados. Es por eso que, cuando Hernán contaba con catorce años, fue enviado a Salamanca, donde, en contra de la creencia tradicional, nunca estudió leyes, sino que vivió unos tres o cinco años en casa de su pariente

Francisco Núñez de Valera, reputado profesor de facultad, buen escribano público y mejor estudiante de la lengua de Cicerón. Cortés pasó aquel tiempo empapándose de buena maestría, aprendiendo las nociones básicas de Derecho, Gramática y Latín, de las que haría buen uso y discurso a su paso a las Indias y que lo convirtieron, con di-

ferencia, en «el conquistador más culto y leguleyo que pisó el continente americano» (Mira Caballos, *Hernán Cortés, el fin de una leyenda*).

Sin embargo, la pluma, los legajos y el tintero no terminaban de convencer al joven Cortés. Demasiado reposo, demasiado aburrimiento, demasiado estancamiento. Aquellos enseres no eran los mejores compañeros de viaje para la mocedad de alguien con tanto nervio como el suyo. Hernán se mostraba más proclive a emular las gestas y heroicas acometidas de las que su padre le

había hecho tanta remembranza y, a la vez, intentado disuadir. Es por eso que, frisando los diecinueve años, lo primero que pasó por la cabeza del de Medellín fue embarcarse en cualquier expedición de fortuna que se le presentase, y en aquella España de los Reyes Católicos no faltaban de éstas, porque

tantas oportunidades se ofrecían en una América aún por descubrir como en la rica Italia luchando contra el francés bajo las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba. Los azares del destino terminaron embarcando al joven Hernando hacia el Nuevo Mundo, tierra prometida para tantos y tantos hijosdalgos de su tiempo, contra los que tuvo que competir con mucho seso y más es-

fuerzo, porque la gran mayoría de sus iguales, los futuros conquistadores, llegaban en condiciones muy parejas a las suyas: jóvenes enérgicos deseosos de entrar en acción y sin ningún reparo en arriesgar la vida por no tener hacienda por la que mirar. Seguían así el prototipo del indiano que Miguel de Cervantes reflejó en *El celoso extremeño*: «Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España».

El extremeño irradió permanentemente un espíritu inquieto, inagotable, que muy acertadamente podría darse por innato si atendemos a su procedencia



Hernán Cortés por Augusto Ferrer-Dalmau

Con grandes méritos empresariales y mejores dotes administrativas, Cortés se labró un importante hueco en las Antillas españolas. Buena culpa de esto la tuvo Diego Velázquez de Cuéllar, adelantado y gobernador de la isla de Cuba, quien, merced a su favor, auspició a Cortés en la expedición que planeaba a las costas del Yucatán y México. Mucho fue lo invertido por Velázquez

en esta empresa, pero nada comparado con lo contribuido por Cortés, porque, si mucho le costó al de Medellín ganarse la buena hacienda que lo reputaba en Cuba, nada le pesó el empeñarla toda en pos de la oportunidad que le brindaba el destino. Cortés se dejó el alma en organizar su expedición, que, aunque a título del gobernador, él ya planeaba como suya. Por eso echó «la suerte de la buena ventura, [al igual que] Julio César sobre el Rubicón», como ensalzó su fiel amigo Bernal Díaz, al fundar la Villa Rica de la Veracruz y dar al través con las naves, haciendo efectivo el alzamiento que tanta gloria dio a Cortés y tan «amarillo y enfermo» puso a su antiguo padrino Diego Velázquez.

Aún menos reparo tuvo para enfrentarse legalmente a él. En la Corte, Cortés movió sus hilos desde México para hacer que sus procuradores defendiesen su causa frente al gobernador de Cuba, cosa que hicieron ante don Juan Rodríguez de Fonseca y ante el mismísimo emperador, a base de razones y sinrazones que solían ir acompañadas de mejores obsequios y prósperos prometi-mientos.

Todo esto lo gestionó don Hernando con toda la presteza que pudo, a la vez que se las ingeniaba para sortear los peligros más insalvables que hubiese podido imaginar antes de internarse en la Nueva España. Pero en ningún momento mostró Cortés congoja alguna ante sus hombres, y aún menos arrepentimiento, «pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provecho e guerras?» (Bernal Díaz del Casti-

llo). De nada le valieron los reveses ni los desafíos, de todos se rehizo y a todos supo sobreponerse por su tenacidad. De cada traspíe salió Cortés más fuerte y con una nueva lección aprendida: primero en Tlaxcala, después en Cholula y finalmente en el corazón de México durante la Noche Triste, a donde regresaría meses después para señorear la ciudad de Huitzilopochtli.

Todo podría haber quedado en la conquista de Tenochtitlán, cualquiera se hubiese contentado con verse amo, dueño y señor de tan magnífica urbe y viviendo eternamente de las rentas concedidas por el emperador. Pero Cortés era distinto. Lejos de poner punto final a su carrera conquistadora, decidió continuar, a pesar, incluso, de las reprimendas de su segunda esposa doña Juana de Zúñiga, quien le reprochaba «que mirase los hijos e hijas que tenía y dejase de porfiar más con la fortuna y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona». Miguel León Portilla dirá, con razón, «que la figura de Cortés no se agota en la Conquista». No hay más que echar un ojo al excelso y nutrido historial que al final de su vida dejó el conquistador: promotor del descubrimiento del Pacífico mexicano, de parte del asiático y del peruano; buscador

incansable del famoso paso o estrecho que conectara la *Mar del Sur* con el océano Atlántico; impulsor de la muy desastrosa y costosa expedición a las Hibueras (Honduras); empresario y gestor de numerosos negocios y proyectos que tocaron todos los sectores económicos habidos y por haber de su tiempo; soldado al servicio del emperador en la fatídica jornada de Túnez y pleiteador

incansable contra antiguos camaradas, oficiales reales y la mismísima Corona. Sin duda, Salvador de Madariaga no se equivocaba cuando aseguraba que «su corazón nunca reposaba».

Los azares del destino terminaron embarcando al joven Hernando al Nuevo Mundo, tierra prometida para tantos y tantos hijosdalgos de su tiempo

UN HOMBRE DE FE

«Dixit scriptum est non in pane solo vivet homo sed in omni verbo quod procedit de ore Dei» (escrito está: no solo de pan vive el

hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, Mt. 4, 4). ¿Qué pensaba Cortés de la respuesta que Cristo dio a Lucifer durante su retiro en el desierto de Judea? ¿Era creyente el conquistador de México? ¿Pudo, acaso, su devoción cristiana jugar un papel determinante en su toma de decisiones y actos?

Al igual que la inmensa mayoría de la gente de su tiempo, el fervor religioso fue una constante en la vida del ilustre don Hernan-

do, y es que nunca hay que olvidar que en aquellos tiempos el mundo estaba gobernado por cuestiones religiosas. El calendario, las costumbres, las teorías fundadas en base a las Escrituras y las leyes universales dictadas en torno a estas forjaban una realidad plenamente católica: la atmósfera de la Cristiandad. En un mundo así, jerarquizado por la doctrina de las dos espadas (*utrumque gladium*), el prestigio del papa y el emperador era, simbólicamente, tan mayestático que, a través de una simple bula, el primero pudo repartir aquel Nuevo Mundo recién descubierto, bajo muy solemne derecho de conquista, entre los monarcas que él conviniera, a este efecto los de Castilla y Portugal.

Fue este el ambiente en el que Hernán Cortés curtió su vida. Un ambiente que marcará su horizonte moral con la figura del buen caballero cristiano como referente. Aquel que, como brazo ejecutor de Dios, se ensalza en la lucha contra el infiel y, a la vez, espera convertir a la fe verdadera y salvar de cara a la eternidad todas las almas desamparadas que en su camino estuvieran. Aunque lo cierto es que Cortés jamás obró tan recto. El de Medellín nunca cumplió al dedillo los preceptos que el catecismo católico

inculcó en él desde pequeño, porque si con tan buenas virtudes buscó «ensalzar nuestra fe»–, como escribió al emperador en su primera carta de relación–, con otras algo contradictorias y a veces peores incumplió los mandamientos, que a buen seguro le fue menester ampararse en el sacramento de la confesión en reiteradas ocasiones, las más de las veces porque «fue muy dado a muje-

res y diose siempre» –como apunta su biógrafo López de Gómara–. Antes de casarse con Catalina Juárez en Cuba, el de Medellín tuvo no pocas aventuras con mujeres desposadas, solteras, prometidas, viudas y otras de mal vivir, cosa que no cambió a partir de su enlace. A la primera de cambio doña Catalina comenzó a lucir muy floridos e indianos cuernos merced a una tal *Malintzin*, que ya bautizada se amancebó y ganó el corazón del extremeño con el nombre de doña Marina.

Por actos tales y otros derivados o de variado pelaje, «muchos émulos envidiosos» –que así los refería Cortés a Carlos I–, como su malqueriente Bernardino Vázquez de Tapia, buscaron la perdición de Hernán, acusándolo en su juicio de residencia de que «no teme a Dios o que tiene más de gentilicio que de buen cristiano». Aquellas

El fervor religioso fue una constante en la vida del ilustre don Hernando, y es que nunca hay que olvidar que en aquellos tiempos el mundo estaba gobernado por cuestiones religiosas

acusaciones pesaban, si cabe, el doble en Cortés por tratarse él de la cabeza de una conquista y alzamiento que había justificado proclamándose tan immaculado servidor de su alteza celestial como de la terrenal, y justo por ello debía dar el extremeño harto ejemplo de cara a los nuevos vasallos de la Corona y a cuantos pobladores se afincasen en la provincia que acababa de pacificar.

A pesar de todo, no era Cortés ejemplo de ateo, sino más bien, obviando sus deslices y contradicciones, muy mejor referente de cristiano bueno, limpio y viejo, que así lo defendió el franciscano fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, en su declaración en el juicio de residencia: «Y verdaderamente, para conocer muy a la clara que Dios misteriosamente eligió a Cortés para este su negocio, basta el haber él siempre mostrado tan buen celo como tuvo de la honra y servicio de ese mismo Dios y la salvación de sus almas». Era don Hernando hombre de misa diaria y rezo profundo. Contaban sus camaradas que, lo menos, echaba dos horas cada jornada en conversación con el Altísimo y que no pasaba día en que no requiriese los servicios del buen fray Olmedo para hacer los oficios pertinentes en buen augurio de la hueste. Devoto de la virgen de Guadalupe, como marcaban sus raíces extremeñas, era costumbre en el de Medellín encomendarse «a Dios y a su bendita madre» antes de entrar en batalla, como también lo era, a aguas calmadas, rezar el Santo Rosario después de cada refriega, que así, de una acometida, recordaba su tierra y a la madre que lo cuidaba desde el cielo.



Estatua ecuestre de Cortés en Cáceres

Con el mismo celo con que rezaba, censuraba las falsas idolatrías y arremetía con más rabia contra la antropofagia ritual y los sacrificios humanos, que de ahí le venían a Cortés las fuerzas y el empeño por destruir los templos de los nativos y derrocar a sus ídolos, lo cual trataba de apaciguar con mucho sosiego fray Olmedo para no alterar el humor de los naturales, ahora nuevos aliados y vasallos. El fraile de la Merced, como «hombre de buen entendimiento», argumentaba «que no es justo que por fuerza les hagamos cristianos», sino que era preferible

que la palabra de Dios naciese en ellos como la buena semilla, con cuidado y paciencia.

En esto de la conversión y evangelización de todas aquellas nuevas gentes a la que Cortés hizo vasallas de un mismo monarca, el metelinense se cuidó mucho a la hora de aprehender los consejos y requerimientos que el padre de la Merced le hizo durante y tras la conquista, viendo muy a las claras que no podían cambiarse costumbres y creencias de sopetón. Es por eso que Cortés mostraba una constante preocupación por la acuciante falta de religiosos en la Nueva España, mandando incansablemente hombres de fe que predicaran con el Evangelio y el ejemplo por toda aquella tierra. De esta guisa llegaron a México religiosos de la talla de fray Pedro de Gante, el ya mencionado fray Juan de Zumárraga o los conocidos como los *doce apóstoles* de la Nueva España, entre los cuales se encontraban el famoso y humilde Motolinia, Luis de Fuensalida o fray Martín de Valencia. Todos de una vocación educativa extraordinaria, fundadores de los primeros colegios del Nuevo Mundo, tan menesterosos para la educación de la flor y nata de la nobleza indígena. En virtud de iniciativas tan fructíferas como éstas y tareas de mayor amplitud, Cortés y sus religiosos desempeñaron una

labor de primerísimo orden en la conversión y transformación de México en una de las provincias más cristianizadas del Nuevo Mundo y de todo el orbe cristiano.

¿UN CONQUISTADOR CUALQUIERA?

Carisma, denuedo y fe: tres fuentes esenciales de las que bebió el alma de cualquier buen conquistador. Hernán Cortés no fue muy distinto al resto de hombres que le pre-

cedieron, como tampoco de los que le sucedieron. Castilla no brindaba más oportunidades de fortuna que las que uno mismo pudiera labrarse a costa de sangre, sudor y lágrimas. Italia le tentó, pero el Nuevo Mundo lo atrapó. El extremeño fue un hijodalgo más que decidió dar el paso a Indias, dejando lo poco que tenía en su solar

Devoto de la virgen de Guadalupe, era costumbre en el de Medellín encomendarse «a Dios y a su bendita madre» antes de entrar en batalla

de origen, con tal de labrarse un hueco en una sociedad tan rígida y estática como la de la España de su tiempo. Entonces, ¿qué fue lo que hizo de Cortés una personalidad única en la historia y especialmente en la conquista de América? Quizás eso mismo, la unicidad, el ser único, especial, haber nacido con estrella. Cualquiera con los medios y agallas necesarias podría haber conquistado el imperio Mexica tal y como hizo Cortés, pero lo brillante es que, aun falto de efectivos y recursos, le correspondió a él, no sin

mucho esfuerzo, el hacerse con el control de la entidad política, cultural y económica más genuina y poderosa con la que topa europeo alguno en América hasta la fecha.

La magia cortesiana residía en la valentía con que el conquistador afrontó todos los problemas, la estabilidad con la que sostuvo a su hueste incluso en los peores momentos, la fe ciega y continuada en una Divina Providencia que guiara sus pasos hasta verse señor del mayor dominio que viesen sus ojos. La magia cortesiana residía en sobrevivir, improvisar y señorear sin más fatiga que la de no alcanzar el objetivo previsto que contentase por igual al mismo Cortés, a su rey y a su Dios, ese Dios que, según el flemático don Francisco de Quevedo: «amparó a Cortés para que lograrse di-

chosos atrevimientos, cuyo premio fue todo el Nuevo Mundo». Cortés nunca cejó en su empeño de poder aspirar continuamente a algo más. La insistencia que lo consagró como el conquistador de la provincia más rica del Nuevo Mundo hasta la fecha fue la misma que lo llevó a ser investido marqués del Valle de Oaxaca, pero también esa insistencia fue la que lo convirtió en un personaje incómodo para el rey y otros grandes de la Corte. El hombre que afirmó haberlo arriesgado todo «para ampliar la corona de [su] César», fue ninguneado poco a poco y cada vez más por su estimada majestad, llegando al punto de verse obligado a enterrar sus ilusiones en un profundo hoyo de aflicción, hasta encontrarse irremediamente «viejo y pobre», sin más litigio que buscar digno reposo para su óbito. ■



© Augusto Ferrer-Dalmau

“LA LLEGADA” (de Hernán Cortés a Tenochtitlán), Augusto Ferrer-Dalmau



NUEVAS TIERRAS

EXPLORADORES DEL OESTE

LOS DESCUBRIDORES OLVIDADOS

JOSÉ ANTONIO RUIZ DE LA HERMOSA

Recientemente, y en parte gracias a la pandemia, los españoles han tenido noticia de la existencia en el océano Pacífico de grandes descubrimientos y exploraciones españolas de la época en la que los descubrimientos eran aventuras muchas veces sin retorno. Desde la llegada de Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano al actual México, los indígenas siempre hablaron a los españoles de un mar existente al otro lado de las montañas por las que se ponía el sol.

Pero no fue hasta 1513 cuando un «adelantado» explorador, entre otros muchos oficios, con pocos recursos, pero con la inspiración y seguridad dadas por los caciques de la zona, encabezó un uno de septiembre la definitiva expedición desde el aposentamiento de Santa María, en el actual istmo de Panamá, pero en su lado caribeño, siguiendo aquellas rutas en teoría abiertas, pero nunca realizadas por los españoles. El camino a través de los cursos de agua, la selva y las abruptas montañas no fue sencillo; tampoco los indígenas lo pusieron fácil, pues algunos, como los caciques Careta, Ponquiano o Torecha, se enfrentaron a los ciento noventa españoles y a sus aliados indígenas. Finalmente, y tras duras batallas y una difícil travesía anfibia, llegaron a un mar que Núñez de Balboa denominó «del Sur», por la orientación en la que lo encontró, y del que tomó posesión en nombre de su rey.

A partir de ese momento, ese mar estaría casi siempre orientado hacia el sur, hacia el Perú o Chile, y hacia allí se dirigirían las

expediciones españolas. Pero el istmo se retorció en su forma y había una orientación norte, que llevó a los españoles hacia

el mar de Cortés (hoy golfo de California) y mucho más al norte. Pero eso sucedió muy lentamente, primero siguiendo una ruta terrestre y luego acompañando a los que, por tierra, se desplazaban en naves que les transportaban logística, armas o aperos, y que les condujeron por la costa de la actual California a asentamientos que, utilizando como eje

principal la cristianización de los indios, conducirían luego a la aparición de pequeñas colonias y guarniciones. Pero el gran problema, como sucedió durante todo el Imperio, era la falta absoluta de españoles para colonizar.

Las primeras expediciones desde Nueva España (México) comenzaron en 1532 con Diego Hurtado de Mendoza, primo de Cortés, que realizó una expedición hacia la denominada Nueva Galicia (Jalisco), que terminó en desastre por las tormentas –que hicieron serios quebrantos a los dos navíos

Las primeras expediciones desde Nueva España comenzaron en 1532 con Diego Hurtado de Mendoza, primo de Cortés, que realizó una expedición hacia la denominada Nueva Galicia

implicados-, la oposición del gobernador Nuño de Guzmán y, finalmente, la desaparición del navío de Hurtado de Mendoza.

Un segundo intento, con Diego de Becerra al mando de dos navíos, el Concepción y el San Lázaro, se significó por un amotinamiento, el asesinato del comandante y el descubrimiento de la Baja California, identificada en un primer momento como isla y no como península. El líder del motín fue un tal Fortún Jiménez, muerto por los indígenas con alguno de sus hombres. El resto cayeron prisioneros de Nuño de Guzmán.

Finalmente, el propio Cortés dirigió dos navíos y tomó posesión de la Baja California, fundando Santa Fe, pero sin salir de la propia península. No obstante, estas expediciones sirvieron para adjudicar ese nombre de California, que procede de la novela de caballería *Las Sergas de Esplandián* (*Las proezas de Esplandián*), de Garci Rodríguez de Montalvo, editada en Sevilla el año de 1510, obra en la que se describe la rocosa

isla de California. Mientras, tierra adentro, Francisco Ulloa se dio cuenta de la no insularidad de la Baja California al realizar una

expedición con tres naves, descubriendo el delta del río Colorado y bordeando la península por el Pacífico hasta la Alta California, unos ciento sesenta kilómetros al norte de la isla de los Cedros, aunque el piloto Pablo Salvador Hernández atestiguó a su regreso una posición de unos sesenta kilómetros al norte de San Diego. Estas tripulaciones sucumbieron, salvo algún superviviente.

Desde 1683 a 1834, los jesuitas, dominicos y franciscanos fundaron las misiones como contrapunto a los presidios o fuertes reales. La idea de evangelización atrajo a una vida sedentaria a los indígenas

Eusebio Francisco Kino, jesuita y geógrafo, fue quien anunció como tal la existencia de tierra adentro en California, lo cual abrió definitivamente nuevas posibilidades. Desde 1683 a 1834, los jesuitas, dominicos y, sobre todo, franciscanos fundaron las misiones como contrapunto a los presidios o fuertes reales. La idea de evangelización atrajo a una vida sedentaria a los pueblos indígenas, hasta ese momento en constante movimiento siguiendo las migraciones

de animales o los ciclos estacionales. Los indios aprendían el español (al aprender a rezar), un oficio necesario para establecerse y la agricultura y ganadería, cada vez más intensivas. Un dato que lo refleja es cómo en las primeras películas sonoras de Hollywood, los indios hablan en castellano y, además, son católicos.

No fue hasta 1542, un 27 de junio, cuando Juan Rodríguez Cabrillo, que había estado con Cortés, partió rumbo al norte con dos naves, mientras Francisco Vázquez de Coronado y Luján se adentraba por el río Colorado hasta más arriba de la actual Yuma, en Arizona. La expedición de Cabrillo entró en el actual puerto de San Diego, al que bautizó como de San Miguel, el 28 de septiembre de 1542. Siguiendo su ruta hacia el norte, pasó frente al actual San Francisco sin descubrirlo. El tiempo se volvió muy inestable y tuvo que regresar al sur, muriendo de gangrena tras un accidente y siendo enterrado en la isla Posesión. Su sucesor, Bartolomé Ferrello, luchó contra las tempestades y consiguió regresar a México, informando de que al norte

solo había tierras vírgenes sin interés, por deshabitadas y pobres, así como grandes dificultades para la navegación, sin ningún paso navegable entre ambos océanos.

Mientras, llegó por primera vez, en 1565, un buque desde Filipinas, al mando de Lope Martín, siendo este el primer tornaviaje, algo considerado como imposible hasta el momento

La existencia en esa época de una orden de mantener en secreto los derroteros y nuevos descubrimientos no utilizados habitualmente, hicieron que la expedición de Cabrillo quedase enterrada en el olvido, y no fue hasta sesenta años después cuando se ordenó a Sebastián Vizcaíno que levantara mapas y registrara la ruta hacia el norte.

Mientras, llegó por primera vez, en 1565, un buque desde Filipinas, al mando de Lope Martín, siendo este el primer tornaviaje, algo considerado como imposible hasta el momento. Otros incómodos visitantes aparecieron en aquellas costas: Francis Drake, con su Golden Hind, asaltó diversos asentamientos al sur de México, para acabar varado en Punta Reyes (California), consiguiendo finalmente ser reflotado y regresar a Inglaterra. Más adelante, otro pirata, Cavendish, atacó el Santa Ana, al que pegó fuego, pero su capi-

tán Sebastián Vizcaíno consiguió apagarlo y ponerlo en orden de marcha, volviendo a México. Esto puso en marcha una expedición de policía, con el galeón San Agustín al mando de Cermeño, en la zona de California, que llegó a la llamada bahía de Drake, naufragando y volviendo tan solo la mitad de su tripulación, hasta el actual Monterrey.

El fracaso de Cermeño llevó a nombrar a Vizcaíno para una nueva expedición. Zarpó desde Acapulco en 1602, con cuatro embarcaciones y con órdenes concretas de reconocer la costa solamente, sin establecer colonias ni relaciones con los indígenas y, por supuesto, sin cambiar los topónimos existentes. En noviembre, tras sesenta años, volvió a San Miguel, pero Vizcaíno lo renombró como San Diego, realizando lo mismo en toda la expedición, so pretexto de que Cermeño y Cabrillo habían realizado unas cartas muy inexactas. Él, en su redescubrimiento de Monterrey, lo describió exageradamente como buen puerto y continuó al norte hasta el paralelo 40° N. A su regreso fue recompensado con el mando del galeón de Manila, pero su mala descripción de Monterrey causaría a la larga múltiples accidentes y desastres.

Un nuevo virrey, el marqués de Montesclaros, revocó el nombramiento de Vizcaíno y eliminó a Monterrey como puerto de recalada, ya que las corrientes y los vientos



facilitaban el regreso a México y lo hacían innecesario. Vizcaíno fue enviado como embajador a Japón, volviendo a los tres años con otro fracaso en su hoja de servicios. Las investigaciones de Montesclaros establecieron definitivamente no hacer nuevas expediciones al Norte.

Diego Hurtado de Mendoza, anónimo (1560-1600).



Gaspar de Portolá,
anónimo (siglo
XVIII). Parador de
Turismo de Arties

UNA LARGA ESPERA

Hoy en día consideramos inexplicable la actitud de la Corona y del virrey de Nueva España cuando dio por terminadas las exploraciones hacia el norte de la costa del Pacífico, pero, visto desde los ojos de los diferentes virreyes que en Méjico hubo, la situación era quizás muy diferente. Quizás lo primero y más importante era que no existía competencia alguna en el sentido de que otra gran potencia de la época estuviera interesada en la colonización de la Alta California. Y, aparte de eso, los hombres y

medios de que se disponía para tan gran empresa no existían. De hecho, en sus mejores momentos y ya en el siglo XVIII, los efectivos reales para controlar la frontera con tierra de nadie, es decir el centro y oeste norteamericano, y la frontera con las posesiones británicas o francesas en aquel lugar, apenas eran de dos mil hombres en pie de guerra. Cifra ridícula para lo que actualmente es casi la mitad de los Estados Unidos y parte de Canadá

Por otro lado, la capacidad técnica para luchar contra las adversidades geográficas y climatológicas era muy poca. Si bien el clima de California es excelente, no es así en su escarpada costa. Tampoco la navegación era fácil. Precisamente, el galeón de Manila ascendía desde Filipinas hacia un paralelo muy superior al de Acapulco, para coger los vientos y corrientes que lo llevarían por delante de aquellas inhóspitas costas de ambas Californias, camino de Acapulco. Pero el viaje inverso, cuando la fuerza del viento era el motor de los navíos de la época, se volvía poco menos que imposible la mayor parte del año. Por otro lado, y finalmente, los informes emitidos a principios del siglo XVII especificaban claramente lo inhóspito, deshabitado y aparentemente poco provechoso del terreno, prácticamente en la totalidad de lo explorado, es decir, desde el paralelo 49° N (Isla de Nutka), máxima altura localizada con certeza, por lo que se

desechó definitivamente. Pero fue con la llegada de los Borbones al poder cuando se estableció una nueva situación y la política internacional cambió.

Rusia, que hasta el momento no se había preocupado ni de la propia Siberia, empezó a tantear Alaska y Vancouver con la introducción de cazadores de pieles organizados. Los británicos hicieron durante los años finales del siglo XVII diversos tanteos en zonas del Pacífico. Y también la religión influyó, pues hasta el momento eran los jesuitas quienes se movían en la frontera norte. Tras su expulsión, fueron sustituidos por los franciscanos, que eran mucho más activos y colaboradores con las autoridades. Finalmente, la presencia de José de Gálvez, Matías de Gálvez y Bernardo de Gálvez cambiaron la orientación de la conquista y exploración hacia el norte.

En primer lugar, se creó la base naval de San Blas (1767) en el Pacífico, que fue dotada con

dos bergantines, el San Carlos y el Príncipe, de nueva factura –además de otros cuatro, ya existentes, que fueron reparados–, y se inició la construcción del San José. En 1768 Gálvez puso en marcha la colonización por vía marítima de California y las tierras al

De hecho, en sus mejores momentos y ya en el siglo XVIII, los efectivos reales para controlar la frontera con tierra de nadie, es decir el centro y oeste norteamericano, apenas eran de dos mil hombres

norte. Además de las propias tripulaciones, incluyó, por si fuera necesario, a un teniente, Pedro Fages, y a veinticinco soldados de la Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña, la mayoría de ellos nacidos en Barcelona. También distribuyó los hombres necesarios para los barcos y nombró capitanes de los mismos a Juan Pérez y Vicente Vila. Salió el propio José de Gálvez de patrulla con la go-

leta Sinaloa hacia el norte. Si bien su viaje fue complicado, le llevó a tener luego que esperar a los dos bergantines tres meses en algún lugar de California.

Mientras, por tierra, el capitán de dragones del Regimiento de España Gaspar de Portolá iniciaba con dos columnas la exploración rumbo al norte, desde la ciudad de Loreto.



Estatua de Eusebio Francisco Kino junto a la Catedral de Hermosillo (México)

La expedición no lo tuvo fácil, pues el terreno era difícil para hombres y ganado, y los indios, muchas veces amistosos, en otras ocasiones eran problemáticos; entre unas cosas y otras, los soldados de Cataluña se debieron reforzar con veinticinco dragones de cuera. La dificultosa maniobra los llevó hasta Velicatá, desde donde, mandados por

A partir de ese momento ya no se abandonó la exploración. Apoyándose unos a otros, buscaron el Monterrey que describió en 1602 Vizcaíno, algo desde entonces casi olvidado.

el capitán Rivera, llegaron hasta San Diego, punto donde se encontraron con los que venían por mar. Algo importante, pues la expedición marítima sufrió simultáneamente de escorbuto y de una infección de salmonela. Gracias al cirujano del ejército, Pedro Prat, y a los buenos oficios de los franciscanos, que convirtieron San Diego en un hospital de campaña, se logró reconducir la situación.

A partir de ese momento ya no se abandonó la exploración. Apoyándose por mar y tierra unos a otros, buscaron el Monterrey que describió en 1602 Vizcaíno, algo que desde entonces se había casi olvidado. Gaspar de Portolá inició la marcha hacia el norte dejando atrás a los indios Yuma, que eran los

de San Diego, y entrando en territorio Shoson, tierra de indios hasta entonces desconocidos. Los hombres de Portolá lucharon contra el inhóspito territorio, sufriendo un devastador terremoto, y atravesaron lugares como el valle de Santa Bárbara. Todo aquello les llevó a descubrir cada uno de los rincones que hoy conocemos gracias a las películas norteamericanas, y a bautizar cada lugar que encontraban. Se enfrentaron con animales salvajes, sobre todo osos de gigantesca alzada. La marcha continuó y las penalidades llenaron de enfermos a la columna. Pero un gran premio les esperaba, pues el sargento Ortega, habitual en las avanzadillas, se encontró de repente con la bahía de San Francisco y la entrada del Golden Gate (Puerta Dorada). He aquí el gran descubrimiento de esta expedición.

Pero no todo iba bien. De repente las relaciones con los indios se fueron deteriorando y, según la expedición regresaba hacia el sur, de vuelta a San Diego, y sin encontrar todavía el famoso lugar de Monterrey, em-

pezaron duras escaramuzas, que tan solo por la disponibilidad de armas de fuego mantuvieron vivos a los españoles, pues el número de indios que trataban de asaltar-

Finalmente, decidieron que Monterrey sería uno de los lugares donde los españoles, cuando llegaban por primera vez, clavaban una gran cruz, costumbre que los indígenas respetarían

los crecía constantemente. Finalmente, decidieron que Monterrey sería uno de los lugares donde los españoles, cuando llegaban por primera vez, clavaban una gran cruz, costumbre que los indígenas respetarían. El lugar estaba situado cerca del río Carmelo, aunque no se parecía en nada a lo descrito por Vizcaíno.

Aquel año 1760 había sido prolijo en descubrimientos y grande en sufrimientos de los soldados y frailes españoles. Los establecimientos de San Diego y Monterrey, y otros que se fueron creando, se mantendrían. Gaspar de Portolá decidió volver a dar cuenta de sus movimientos a Ciudad de Méjico. El camino hacia el norte de la costa del Pacífico estaba abierto y pronto nuevas expediciones seguirían rumbo hacia lo desconocido: Nutka y las actuales costas de Canadá y Alaska. Pero eso es otra historia... ■

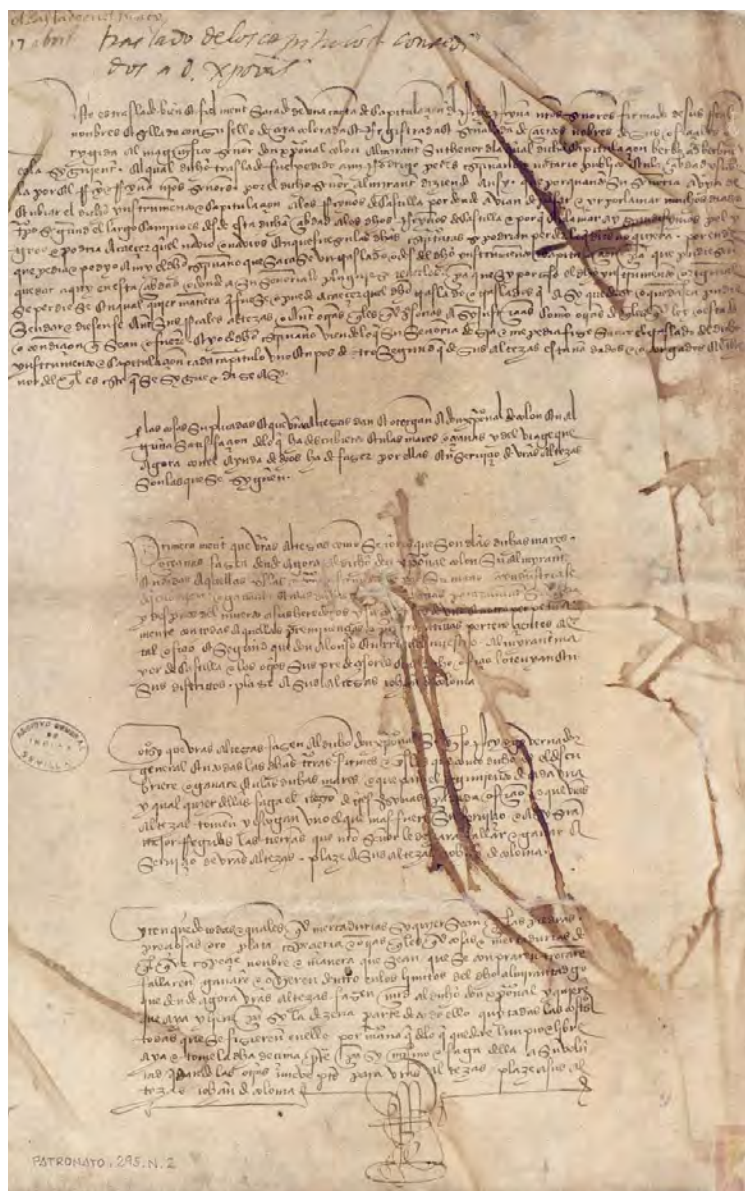


EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

¿CONQUISTA O ESTABLECIMIENTO?

ALBERTO BAENA

El año 1492 supone un hito para el mundo global, al unir dos grandes grupos humanos separados por miles de kilómetros de océano y por siglos de evolución humana, que germinaron en un crisol de culturas muy diferentes. Supuso también una hecatombe en la concepción judeocristiana europea, al tener que recolocar una nueva estirpe humana que las antiguas Escrituras no recogían. Pero, sobre todo, es la pista de despegue para la Hispanidad, que rompió con la tradición hercúlica del *non plus ultra* para lucir con nuevo lauro el lema *plus ultra*.



Página de las Capitulaciones de Santa Fe

España mantendrá su presencia hasta fines del siglo XIX y dejará un gran legado cultural e histórico que cambiará el mundo; será el primer germen de la globalización y su moneda, el real de a ocho, la primera divisa mundial que llegó a ser la única aceptada por el hermético mercado chino. Desde

La intención inicial de Colón era establecer unas feitorias muy parecidas a las que los portugueses llevaban a cabo en África, un modo de operar que genoveses y venecianos conocían bien

que se consuma el dominio de España en el continente americano, será la primera potencia en Europa y espada de la cristiandad ante los nuevos vientos cismáticos y ante el avance del turco. Este breve extracto narra el inicio de esta gesta y la evolución de un modelo bicéfalo de evangelización y emprendimiento individual.

La conquista de América no fue producto del descubrimiento, sino más bien subproducto de lo que realmente se quiso hacer. La intención inicial de Colón era establecer unas feitorias muy parecidas a las que los portugueses llevaban a cabo en África, un modo de operar que genoveses y venecianos conocían bien. El objetivo de estos centros de comercio era controlar un territorio desde un enclave fortificado y defendido por tropas asalariadas, desde el que «rescatarían» oro o cobrarían tributo de los nativos.

De este negocio solo se beneficiarían el almirante Colón y los Reyes Católicos, los viajeros de las expediciones serían asalariados de la Corona. Se esperaba que estos asentamientos fueran lucrativos, dada la posibilidad de comerciar con especias exóticas de la India, así como oro, como así dejan entrever las Capitulaciones de Santa Fe (1492) «todas e quales quier (sic) mercaderías, si querer sean perlas, piedras preciosas, oro plata, espezas e otras qualesquiera cosas [...]», pero al poco de arribar la expedición colombina a las Antillas descubrieron que aquellos parajes no eran tan rentables como esperaban, pues no había ni especias ni grandes cantidades de oro, o al menos

los nativos no las conocían. La ausencia de estos productos lastraba la viabilidad del proyecto. A esto se sumó la escasa habilidad política del almirante, que propició la sublevación de los hombres que llevó en las sucesivas expediciones. Con todo, asombra la manera de la que pudo sobrevivir la empresa colombina, teniendo en cuenta el elevado coste que suponía mantener los nuevos asentamientos y llevar a cabo nuevas expediciones de descubrimiento.

Esta cuestión encuentra dos explicaciones. La primera de todas tiene que ver con la ex-

pectativa de seguir descubriendo las aguas del Mar Océano hasta topar con la India, pese al gran coste que implicaba enviar nuevas expediciones a ultramar. La segunda bebe directamente de las concesiones que el papa Alejandro VI hizo a los Reyes Católicos, las llamadas bulas alejandrinas de 1493,

que fueron la bula *Inter caetera*, la bula menor *Inter caetera II*, la bula menor *Eximiae devotionis* y la bula *Dudum siquidem*. Estas bulas confirieron a la Corona castellana la posibilidad de ocupar todas las tierras descubiertas en el Mar Océano o las Indias.

Es importante resaltar que la concesión papal era a los reyes y no al reino, lo cual tuvo una repercusión

importante en las centurias posteriores, pues los dominios ultramarinos pasaron a ser feudo propio de la Corona de España, tanto las ciudades como las minas y todos los recursos. Como contrapartida, los soberanos de Castilla tendrían la obligación de evangelizar las almas de los nativos. Es este último aspecto, el de la fe, el que permitió la supervivencia de la empresa colombina, al fracasar el intento de establecer colonias-factoría con su «descubrimiento y rescate», lo que propició su mutación en una empresa civilizadora de «establecimientos» con la intención de reproducir en el Nuevo

Es este último aspecto, el de la fe, el que permitió la supervivencia de la empresa colombina, lo que propició su mutación en una empresa civilizadora

Mundo una sociedad pura y devota, libre de cualquier tacha presente en el Viejo Mundo.

¿ESTABLECIMIENTO O CONQUISTA?

Uno de los aspectos que más controversia genera cuando hablamos del descubrimiento de América como concepción eurocéntrica –gracias a los aportes de Américo Vespucio, los mapas de Juan de la Cosa (1500) y la *Cosmographiae introductio* (1507) editada por Waldseemüller bajo patronazgo de Renato II de Lorena–, es el proceso de «establecimiento» que muchos, malintencionadamente, interpretan como conquis-

Fray Nicolás de Ovando y Cáceres



Los Reyes Católicos dejaron claro que el modelo que iban a implantar era el de «establecimiento» (1502), aunque también se mantuvo el «rescate» de oro y materiales preciosos y el «descubrimiento» de nuevas tierras.

ta. ¿Podemos hablar de conquista en este momento histórico del descubrimiento de América? Teóricamente los Reyes Católicos dejaron claro que el modelo que iban a implantar era el de «establecimiento» (1502), aunque también se mantuvo el «rescate» de oro y materiales preciosos de los indígenas y el «descubrimiento» de nuevas tierras. Fracasadado el intento de establecer factorías, se apostó por constituir entidades municipales con estructuras político-administrativas idénticas a las castellanas. Tras establecer comunidades cristianas, el siguiente paso teórico era el de «civilizar» a los indios por medio de otra institución bien conocida en España: las encomiendas. No obstante, en esta fase no podemos considerar que exis-

tiera un proceso de conquista, pues la Corona no desplaza ninguna fuerza militar (leva, hueste, etc.), como sí se hizo en los viajes de Colón, en los que se desplazaron hombres al servicio de la Corona a fin de garantizar la supervivencia de la colonia-factoría. En este momento se enviaron nuevos pobladores, a los que se les concedieron tierras y se les otorgó licencia para buscar minas de oro. Además, para hacer viable el proyecto, los reyes apostaron por reducir los costes de las expediciones permitiendo la participación de sociedades privadas que asumieran nuevas expediciones, a fin de poder «descubrir y rescatar».

Es importante tener en cuenta que las nuevas tierras «descubiertas» eran *de iure* propiedad de la reina de Castilla y, por tanto, no se estaba usurpando ninguna tierra, al menos no desde la concepción jurídica y cristiana bajomedieval. Lo que sí se produjo fue una colonización con hombres y mujeres venidos de todos los rincones de Castilla (y algunos también de Aragón). Igualmente, la Corona se preocupó de revestir aquel «descubrimiento» de la mayor solemnidad y garantías posibles, para lo cual se ordenó que, en todas las expediciones, fuera un ofi-

cial real con un «requerimiento» para leer a los nativos en su lengua natal, en el que se les indicaría que el papa, como embajador de Dios en la tierra, había entregado aquellas tierras a los reyes de Castilla, que debían permitir a los frailes que les leyera la palabra de Dios y que debían aceptar a sus nuevos señores. Como es obvio, se produjeron enfrentamientos entre los nativos y los españoles, pero los abusos que se cometieron fueron siempre justificados como «guerra justa» contra súbditos que se revelaban abiertamente contra sus señores naturales. El trato que se tuvo para con los nativos fue el mismo que se tuvo con los rebeldes castellanos o catalanes en las revueltas que sacudieron la época de los Reyes Católicos.

Las nuevas tierras «descubiertas» eran *de iure* propiedad de la reina de Castilla y, por tanto, no se estaba usurpando ninguna tierra, al menos no desde la concepción jurídica y cristiana bajomedieval

DOS VISIONES CONTRAPUESTAS

Llegados a este punto conviene destacar la visión contrapuesta de dos realidades que se estaban produciendo al unísono, pues los cambios en las sociedades se van desarrollando y consolidando a lo largo del tiempo, no se implementan de la noche a la mañana. Los castellanos del siglo XVI no se acostaron medievales y se levantaron rena-

centistas. Durante este período, el grueso de la población europea vivía inmersa en un fuerte estatismo social que limitaba sus posibilidades de conocimiento. El movimiento cultural dominante era la Escolástica, que trataba de aunar razón y fe, pero anteponiendo a Dios sobre la razón. Esta visión que las élites (Iglesia y nobleza) trasladaban al resto de la población afectó a la concepción social del ser humano, las ideas políticas, etc. Los intelectuales, en cambio, estaban experimentando lo que se conocerá como el humanismo, una evolución de la escolástica medieval que representaba una revisión de valores referentes a la identidad del ser humano por medio de la lectura e interpretación de los clásicos grecolatinos. Esta corriente humanista afectará a la flor y nata intelectual española, que verá en el indio y el Nuevo Mundo posibilidades inmensas. La corte castellana bebió de estas ideas y fue lo que ayudó a impulsar con nuevo ánimo el proyecto de «establecimientos».

Los Reyes Católicos, prestos a enmendar los errores y abusos cometidos por el primer virrey de las Indias, encomendaron esta nueva empresa a Nicolás de Ovando y Cáceres, que partió el 13 de febrero de 1502 con 1.500

nuevos pobladores castellanos escogidos de todos los rincones de la Corona, al efecto de trasladar el modelo castellano a la isla de La Española, en las Indias. Para ello, se llevó a cabo una selección tremendamente estricta que garantizase la devoción y pureza de los nuevos pobladores. A su llegada al archipiélago, Ovando se encargó de reorganizar la administración (fundó nuevos asentamientos, estableció el modelo de las encomiendas, etc.).

También tuvo que reprimir a los nativos taínos que se habían revelado ante el abuso de la guarnición del fuerte de la Natividad.

La represión sobre los rebeldes taínos fue dura por las condiciones a las que se tuvieron que enfrentar los españoles: maniguas, parajes desconocidos, clima, etc. El enemigo acechaba y emboscaba con sus flechas envenenadas desde la tupida vegetación, y luego se replegaba. La campaña fue sangrienta y diezmó a buena parte de los aborígenes, si bien a esto último no solo colaboró el acero castellano, sino también las enfermedades que desde Europa importaron los nuevos pobladores.

Todos estos hechos, sumados a otros posteriores durante el descubrimiento de la isla

Esta corriente humanista afectará a la flor y nata intelectual española. La corte castellana bebió de estas ideas y fue lo que ayudó a impulsar el proyecto de «establecimientos».

de San Juan (actual Puerto Rico) o la toma de Isla Juana (actual Cuba), fueron los desencadenantes de duras críticas al modelo «establecimiento» y, sobre todo, de las encomiendas. A

este respecto cabe destacar el *Memorial de remedios para las Indias* (1516) de Fray Bartolomé de Las Casas. Aunque, como ya se comentó unas líneas antes, una cosa era el pensamiento humanista de la corte y los eruditos españoles (entre ellos la Orden de los Dominicos a la que pertenecía Fray Bartolomé) y otra

bien distinta la de los nuevos pobladores que viajaron al Nuevo Mundo en busca de oportunidades.

Además de la concepción medieval que sobre la vida tenían estas gentes, hay que comprender que la gran mayoría de ellos viajaron en búsqueda de oportunidades y riquezas que en su España natal no podían lograr. Llegaron a las Indias para ser señores de vasallos y se encontraron una tierra virgen, llena de riquezas naturales. Ellos habían poblado aquella zona y garantizado su supervivencia contra los ataques de los nativos. La encomienda, por otro lado, era un ente hartamente conocido en España, que fue de uso muy común en las tierras ganadas a

los musulmanes, sobre todo por las órdenes militares. Este sistema se basaba en el modelo típico feudal de un señor gestionando un territorio, con dominio sobre un grupo

humano al que garantizaba protección a cambio de lealtad.

En la reconquista, también sirvieron para garantizar la repoblación de las nuevas tierras. Para el caso americano, como era lógico ante un modelo que demostró ser útil en el pasado, los reyes decidieron apostar por él, pero los nuevos encomenderos no eran los devotos frailes bebidos en la filosofía clásica: eran aventureros que

habían arriesgado mucho ante la promesa de riquezas que no fueron consumadas. Tampoco los nativos eran los cristianos viejos que repoblaban desde el norte las tierras ganadas a los moros, y eran muy diferentes a los españoles en lengua, costumbres, fe, cultura, etc. Era de esperar que este «choque de civilizaciones» no se resolviera todo lo bien que cabría esperar para dos grupos humanos tan diferentes. Así, el encomendero no podía tratar con benevolencia a quien hacía diez años le había guerreado, ni tampoco iba a tolerar que, en una sociedad estamental como aquella, ellos, que habían llegado para enriquecerse o a convertirse en señores, fuesen privados de sus «siervos» y sus esclavos ganados «justamente». ■

Además de la concepción medieval que sobre la vida tenían estas gentes, hay que comprender que la gran mayoría de ellos viajaron en búsqueda de oportunidades

JUAN DE LA COSA

EL PRIMER CARTÓGRAFO DE AMÉRICA

MARCOS UYÁ ESTEBAN

La figura de Juan de la Cosa merece ser recordada en los anales de nuestra historia. No en vano, fue el primer navegante y piloto que hizo un mapa cartográfico, el más antiguo fechado, en el que aparecen las recién descubiertas tierras de América. Vamos a escudriñar un poco en la vida de este fiel y reputado marinero y cartógrafo. Los primeros años de su vida se ocultan bajo la más absoluta oscuridad. No se sabe a ciencia cierta la fecha de su nacimiento, que debió rondar entre 1450 y 1460; ni tampoco, con exactitud, el lugar, siendo la localidad de Santoña (Cantabria) la más probable.



De la niñez y juventud temprana tampoco disponemos de datos, y habría que esperar hasta el ya avanzado año 1488 para obtener algún registro de su vida. En aquel momento se encontraba en Portugal, cuando el navegante portugués Bartolomeu Dias había arribado a Lisboa, tras un periplo que consistió en alcanzar el cabo de Buena Esperanza, la parte más meridional de continente africano. La presencia de Juan de la Cosa tenía una clara intención: había sido mandado por los Reyes Católicos para que consiguiera información sobre el descubrimiento. Hay que recordar que en aquel momento Portugal y Castilla estaban en una encarnizada disputa por controlar el Atlántico. Posteriormente se trasladó a El Puerto de Santa María (Cádiz), y parece ser que adquirió una nao, que bautizó como La Gallega. También fue el momento en que conoció a los famosos hermanos Pinzón, con los que forjaría una buena amistad y también, dicho sea de paso, buenos negocios.

LOS VIAJES JUNTO A COLÓN

Y llegamos a 1492, momento en el que, tras años de lucha, espera y paciencia, Cristóbal

Colón, finalmente apoyado por los Reyes Católicos, tras la conquista de Granada y con la ayuda de los franciscanos del monasterio de la Rábida, embarcó rumbo hacia el oeste en busca de la ruta a las Indias siguiendo aquella dirección, con el objetivo de demostrar que era posible otro camino

en vez de doblar el recién descubierto cabo de Buena Esperanza, y ante la imposibilidad de avanzar hacia el este por el avance del turco. Juan de la Cosa participaría en el primer viaje de Colón, poniendo a su disposición la nao que se rebautizaría como la Santa María y que, junto con la Pinta y la Niña, realizaría el viaje.

Sin embargo, a pesar de esta buena noticia, en el trayecto surgieron fricciones entre el

almirante y de la Cosa, nombrado maestro al servicio de Colón. Este último, henchido en la búsqueda de la gloria, dejó en ocasiones mal parado al maestro, puesto que, a pesar de la buena voluntad de cederle la nave como la principal del viaje y todos los aposentos para que Colón estuviera más a gusto, se sintió en ocasiones ninguneado y dejado de lado. A los dos meses de llegar a la isla de Guanahani, la Santa María encalló y se hundió el día de Navidad frente a las cos-

Juan de la Cosa participaría en el primer viaje de Colón, poniendo a su disposición la nao que se rebautizaría como la Santa María y que, junto con la Pinta y la Niña, realizaría el viaje

tas haitianas. Colón no dudó en echar la culpa al maestre de aquel suceso, puesto que coincidió que de la Cosa estaba de guardia, y, además, según el testimonio posterior de Bartolomé de las Casas en su *Diario*, el almirante lo acusó de huir del barco en vez de prestar socorro.

A la vuelta, y ante la falta de pruebas de tales acusaciones, los Reyes Católicos decidieron compensar a Juan de la Cosa por la pérdida de la nao. Finalmente, tras limar asperezas con Colón, participó en el segundo viaje, programado en 1493, como piloto mayor de una de las diecisiete naves que zarparon al Nuevo Mundo, la Santa Clara, al parecer con el propósito de realizar el primer mapa cartográfico de los nuevos lugares descubiertos. Sin embargo, de ser cierto, sus resultados no se publicarían hasta algunos años más tarde.

Hay dudas sobre si de la Cosa participó en el tercer viaje de Colón en 1498. Si nos atenemos de nuevo al testimonio de Bartolomé de las Casas, parece ser que sí, ya que el fraile dominico menciona que, hacia el 1500, «por entonces era el mejor piloto que por aquellos mares había por haber andado en todos

los viajes que había hecho el almirante», de lo cual se deduce que estuvo acompañando a Colón. No obstante, esta opinión difiere de la dada por el especialista en historia de la Armada española José Cervera, según la cual el tercer viaje de Juan de la Cosa se realizó en 1499 y, en él, don Juan ejerció como primer piloto de la expedición, comandada

por Alonso de Ojeda, en la que también participaba el florentino Américo Vesputio, en un momento en el cual ya se habían abierto capitulaciones para otros marineros aparte de Colón. En esta expedición, al descubrir nuevas tierras, entre ellas las costas de Venezuela, tuvo la oportunidad de ir perfilando su mapa cartográfico costero, con la idea de que, en siguientes periplos, y a medida que se fueran descubrien-

do más lugares, se fuera completando.

EL PRIMER MAPA DE AMÉRICA

Este primer mapa pasará a la historia como el primero en el que se recogen detalles de América, a una escala mayor que el resto de lugares, aunque su autor pensaba, como todos, que en realidad era el extremo oriental de Asia. También llamado *Carta de Juan de la Cosa*, está realizado sobre pergamino, con-

Tras limar asperezas con Colón, participó en el segundo viaje, programado en 1493, como piloto mayor de una de las diecisiete naves que zarparon al Nuevo Mundo, la Santa Clara

Mapa de Juan de la Cosa, considerado el primer mapamundi en el que aparece el Nuevo Mundo (1500).

cretamente dos trozos unidos, y su original se conserva en el Museo Naval de Madrid. Su datación es del año 1500, aunque no se supo nada de él hasta 1832. Curiosamente, fue adquirido mediante subasta en 1853 por 4.321 francos en París, para ser trasladada a la Sala de los Descubrimientos del Museo Naval. El mapa fue terminado a la vuelta del viaje de la expedición de Ojeda

en El Puerto de Santa María, datos confirmados porque el mismo Juan de la Cosa la

El mapa fue terminado a la vuelta del viaje de la expedición de Ojeda en El Puerto de Santa María, datos confirmados porque el mismo Juan de la Cosa la firmó y la dató temporalmente

firmó y la dató temporalmente.

Mide 93 cm de altura y 183 cm de anchura, y la intención, aparte de la índole geográfica, era informar a los Reyes Católicos, puesto que fue encargado por el arzobispo Juan Rodríguez de Fonseca, de los nuevos descubrimientos castellanos y de los lugares también descubiertos, y conquistados, por las potencias rivales, en especial de Portugal. Como curiosidad, Cuba se representa como una isla y no

les, en especial de Portugal. Como curiosidad, Cuba se representa como una isla y no



© Museo Naval, Madrid

como una península, como creía Colón. A pesar de ser un mapa genérico, ya se incluye el citado cabo de Buena Esperanza. No deja de ser una carta náutica, en la que se muestran una serie de líneas que forman trazados para que los barcos sigan el rumbo. La representación termina con elementos decorativos propios de la época, es decir, figuras de embarcaciones (naos y carabelas principalmente), banderas, nombres de ciudades reales y ficticias (representadas con sus características propias), reyes y personajes mitológicos y reales (como Alejandro Magno en África o los Reyes Magos en Persia) y, finalmente, una rosa (la principal) de los vientos, situada en el Atlántico, en cuyo interior aparecen la Virgen y el Niño Jesús.

NUEVOS VIAJES

En 1501 Juan de la Cosa haría un nuevo viaje, en esta ocasión bajo a las órdenes, como piloto mayor, de la flota encabezada por Rodrigo de Bastidas. Anteriormente hubo una expedición capitaneada por Cristóbal Guerra y Alonso Niño para comprobar la veracidad del tercer viaje colombino; otra, más a modo personal, con sólo cuatro carabelas, dirigida por Vicente Yáñez Pinzón; una

tercera protagonizada por Diego de Lepe; y, finalmente, una cuarta con los capitanes Alonso Vélez de Mendoza y Luis Guerra, dando a entender que había vía libre para que cualquier navegante, disponiendo de suficiente capital, pudiese emprender un viaje de tal magnitud. Se abría la veda para

la posterior época conocida como la de los conquistadores. Todas estas expediciones están recogidas en el mapa de nuestro protagonista.

Volviendo a él y al viaje organizado por Bastidas, en el cual también participó Vasco Núñez de Balboa, posterior descubridor del océano Pacífico, navegaron principalmente por Tierra Firme, nombre que se

le daba a Venezuela, al istmo de Panamá y parte de los territorios de Colombia, en un periplo lleno de infortunios, principalmente tormentas, si bien finalmente consiguieron tal cantidad de oro que, al regresar y atracar en La Española para reparar los barcos, fueron retenidos por su gobernador, Francisco de Bobadilla, hasta tal punto que Bastidas fue arrestado.

Afortunadamente, Juan de la Cosa, que no había tenido que ver con el enriquecimiento de su superior, fue liberado y volvió a Castilla. Al llegar se entrevistó con la reina Isa-

En 1501 Juan de la Cosa haría un nuevo viaje, en esta ocasión bajo a las órdenes, como piloto mayor, de la flota encabezada por Rodrigo de Bastidas

bel, y fue recompensado, mediante una real cédula fechada el 2 de abril de 1503, con el cargo de alguacil mayor –un cargo ejecutivo relacionado con la aplicación de la justicia– de Urabá, situada en Colombia. Allí pasaría los siguientes años de su vida.

MISIÓN A PORTUGAL Y ALGUACIL MAYOR DE URABÁ

Pero antes de partir tuvo que ir a Portugal, encomendado en una misión a caballo entre la diplomacia y el espionaje. El motivo principal era que, en 1500, Pedro Álvarez de Cabral, navegante y explorador portugués, había descubierto las costas de la

actual Brasil y corrido el rumor de que los portugueses traían una cantidad ingente de esclavos. Además, en ese momento, en Castilla, y más concretamente en Sevilla, se había creado la recién inaugurada Casa de Contratación, hecho atestiguado porque desde allí se constata, a través de una cuenta de tesorería, que se le dio a Juan de la Cosa, el 23 de agosto de 1503, diez ducados de oro para sacar información de ese viaje a Brasil, la vuelta con indios esclavos y el regreso al mismo punto para traer más. Una vez llegado a Lisboa, el rey Manuel decidió encarcelarlo por adivinar sus intenciones, pero

enseguida fue puesto en libertad. Otro posible motivo del viaje de Juan de la Cosa era también descubrir información de por qué Vespuccio había hecho un viaje a las órdenes

portuguesas, si bien, como luego se aclararía, servía a Castilla y no a Portugal.

Una vez de regreso, un nuevo viaje aconteció en 1504 rumbo a Urabá para tomar posesión de su nuevo cargo, y también con el propósito no solo de vigilar las costas de Tierra Firme, sino de descubrir más territorios. Por primera vez, era el capitán de una expedición y tenía bajo su mando cuatro naves. Durante dos años cumplió

sobradamente con su misión, aunque tuvo que vérselas con Cristóbal Guerra, que había organizado un nuevo viaje, hasta que el enfrentamiento se apaciguó. Recibió cincuenta mil maravedíes por su trabajo.

En algún momento de 1506 volvió a la península ibérica y, al año siguiente, se le encargó, durante un breve lapso de tiempo, vigilar las costas del golfo de Cádiz y del estrecho de Gibraltar por la excesiva piratería, al mando de dos carabelas. Tras cumplir el cometido, del que no hubo resultados relevantes, pues solo duró tres meses, ense-

El último viaje de Juan de la Cosa acaeció en 1509, no sin antes haber sido confirmado de nuevo en el cargo de alguacil mayor. Ya nunca regresaría a Castilla, puesto que moriría a principios de 1510

guida organizó el que sería su penúltimo viaje, fugaz. Si bien la autora Montserrat León no lo menciona, zarpó desde El Puerto de Santa María junto con Rodrigo de Bastidas, regresando a tiempo para asistir, en marzo de 1508, a una Junta en Burgos que dirimiría las nuevas directrices de la búsqueda del paso hacia el oeste para encontrar la ruta hacia Asia. También en esa reunión, se postularon para el cargo de gobernador de Tierra Firme Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa. Para contentar a ambos, la Corona dividió el territorio en dos, quedando Alonso de Ojeda como gobernador del territorio que pasó a denominarse Nueva Andalucía, y Nicuesa con el que recibió el nombre de Castilla de Oro.

UN FINAL INESPERADO

El último viaje de Juan de la Cosa acaeció en 1509, no sin antes haber sido confirmado de nuevo en el cargo de alguacil mayor de Urabá a título hereditario. Ya nunca regresaría a Castilla, puesto que moriría a principios de 1510 en una expedición capitaneada por Alonso de Ojeda, en la que unos indios muy belicosos que se encontraban cerca de la actual Cartagena de Indias, y que no deseaban ser molestados, consiguieron rodear a los castellanos, después de atacarles estos, matando a muchos de ellos a través de flechas envenenadas. Ojeda se salvó gracias a la valentía de Juan de la Cosa, que lo defendió hasta la muerte.

Así acababa, de manera trágica y heroica, la vida de uno de los navegantes, descubridores, cartógrafos y pilotos más famosos de su



época, que tuvo la gran suerte de ser la persona que más viajes realizó al Nuevo Mundo a los pocos años de su descubrimiento, y que como legado nos dejó el primer mapa conocido en el que aparecen las tierras americanas. ■

Busto de Juan de la Cosa en El Puerto de Santa María (Cádiz)

CURIOSIDADES

EL RESCATE DEL INCA ATAHUALPA

EL MAYOR BOTÍN DE LA HISTORIA

ESTEBAN MIRA CABALLOS

El rescate pagado por el inca Atahualpa, a cambio de una liberación que nunca se produjo, puede considerarse el más grande de la historia. Transcurría el 16 de noviembre de 1532 cuando un pequeño contingente de españoles, liderados por el trujillano Francisco Pizarro, consiguió apresar al inca Atahualpa en la plaza de la ciudad de Cajamarca.



Pocos días antes de entrar en esta urbe, estando en el valle de Piura, los españoles hicieron un recuento de sus fuerzas, que resultaron ser de tan solo ciento sesenta y ocho hombres, ciento seis de infantería y sesenta y dos jinetes.

Las armas de fuego se reducían a tres arcabuces y cuatro falconetes, armamento que se completaba con espadas y varias ballestas. Entre esos hombres había casi de todo, algunos soldados profesionales, pero también mercaderes, artesanos, labradores, trompeteros, pajes y hasta forajidos de la justicia. No se parecían en nada a esos tercios españoles que por aquel entonces estaban asombrando a toda

Europa. El contingente era verdaderamente ridículo para enfrentarse a todo un ejército profesional del que disponía su contrincante. Sin embargo, nada podía con el ánimo de estos hombres ansiosos por conseguir honra y fortuna.

Realizado el alarde, bendijeron el estandarte y se encaminaron al encuentro del Inca, que encontraron en las cercanías de la ciudad de Cajamarca. Pizarro optó por instalarse en Cajamarca y prepararle allí una celada al Inca, aprovechando el efecto sor-

presa. Pero lo cierto es que uno y otro urdieron su propio plan para acabar con su oponente. Atahualpa confiaba en sus fuerzas, por lo que pensó que la plaza se convertiría en una trampa mortal para sus enemigos.

Se acercó al encuentro de los hispanos con más soberbia que miedo a oír el mensaje de estos, para a continuación apresarlos y sacrificarlos a sus dioses. Ambos ocultaron hasta el final una gran celada de la que salió vencedor el trujillano. Una vez apresado el inca, ante la huida despavorida de sus hombres, no tuvo la más mínima oportunidad de supervivencia. Bien es cierto que, de haber ocurrido a la inversa, el inca hubiese bebido chicha en el

Una vez apresado el inca, no tuvo la más mínima oportunidad de supervivencia. Bien es cierto que, de haber ocurrido a la inversa, el inca hubiese bebido chicha en el cráneo vaciado del trujillano.

cráneo vaciado del trujillano.

EL TESORO REAL INCA

Los hispanos, a su entrada en la ciudad, no encontraron un trofeo de consideración, pero sí en el campamento de las afueras. Justo al día siguiente, por la mañana, salió el barcarroteño Hernando de Soto con una treintena de jinetes para comprobar si había ejércitos enemigos en el entorno. Se dirigió al reducto de Pultamarca y pudo comprobar que todos los jefes habían huido

apresuradamente, dejando atrás un trofeo de consideración: ochenta mil pesos de oro y siete mil marcos de plata, además de perlas, esmeraldas y piezas textiles.

que ambos jugaron sus cartas, a sabiendas de que sólo uno ganaría finalmente la partida.

Pese a la euforia inicial por el botín conseguido, lo mejor estaba por llegar, cuando el cautivo ofreció el fabuloso rescate. Prometió llenar con oro y plata, en solo cuarenta días, una sala de 6,12 metros de largo por 4,72 de ancho –28,88 m²– hasta una altura de 2,35 metros. Francisco Pizarro se mostró encantado y sorprendido por la propuesta, que por supuesto aceptó. Y lo hizo de manera formal, llamando a un escribano para que escriturara el compromiso en los términos exactos. La liberación solo se produciría cuando hubiese cumplido con su generoso rescate. Evidentemente, ambas partes sabían que la liberación nunca llegaría, pero teatralizaron el acuerdo, del que los dos obtenían algunas ventajas: el inca conseguía tiempo, lo cual era vital para poder organizar una eventual ofensiva que lo liberase, mientras que al trujillano le venía bien un armisticio a la espera de la llegada de los refuerzos de Diego de Almagro. Lo cierto es

La liberación solo se produciría cuando hubiese cumplido con su generoso rescate. Evidentemente, ambas partes sabían que la liberación nunca llegaría, pero teatralizaron el acuerdo, del que los dos obtenían algunas ventajas

templo sagrado de Pachacamac a principios de abril de 1533.

Este santuario yunga, cercano a la costa, era el templo más devoto que poseían los naturales; por ello no extraña que algún cronista dijera que era para ellos «como la Meca entre los moros». Y, en efecto, actualmente sus restos forman una gigantesca montaña de adobe que se corona con el citado templo. El 14 de abril de ese año regresó a Ca-

Este pacto posibilitó que una parte importante del metal precioso acumulado por los incas fluyese hacia Cajamarca. Pero como no entraba con toda la rapidez que los captores querían, enviaron dos expediciones: una formada por algunos voluntarios, entre los que se encontraban Pedro Martín de Moguer, Juan de Zárate y Pedro Martín Bueno, para que fueran a Cusco a agilizar el envío; y la otra encabezada por Hernando Pizarro con el mismo cometido, que aprovechó la ocasión para saquear el



Pintura que representa a Francisco Pizarro en el momento de capturar a Atahualpa

jamarca, trayendo en sus alforjas veintisiete cargas de oro y dos mil marcos de plata. El 17 de junio de 1533, más de un mes antes de la condena del inca, se procedió al reparto oficial de la presa. Tras fundirlo en barras, sacado el quinto, el oro repartido entre los presentes ascendió a 1.326.539 pesos de oro y la plata a 51.610 marcos. Una vez sacados los derechos del fundidor –el uno por ciento– y el quinto real, se procedió a su reparto, adoptándose el siguiente criterio: los de a caballo cobrarían 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata, y los de a pie *grosso modo* la mitad. Esa es la cifra que consta en el registro oficial, redactado por Sancho de la Hoz, y que ratifican otros historiadores posteriores. Sin embargo, esa cantidad fue solo una parte de lo fundido. El agustino fray Antonio de la Calancha escribió que lo que se ocultó fue veinte veces más de lo que se señaló en el registro oficial. Y, aunque es posible que la

A corto plazo hubo un buen número de personas que se hicieron inmensamente ricas. No obstante, la parte más grande del botín se la embolsaron Francisco Pizarro

afirmación de este religioso sea exagerada, no lo es menos que se excluyeron diversas partidas, a saber: para empezar, no se reflejaron un buen número de piezas meritorias que se sacaron de la fundición, como el trono inca de oro macizo, evaluado en 25.000 pesos de oro, que se quedó para sí el gobernador. Tampoco se anotaron los 15.000 pesos de oro que el gobernador mandó extraer para la treintena de enfermos que permanecieron en San Miguel, o los 8.000 que se apartaron para entregárselos a Hernando Pizarro, que fue a «explorar las cosas de la tierra». Asimismo, quedaron sin registrar los 100.000 ducados que se reservaron para Diego de Almagro y sus hombres.

A corto plazo hubo un buen número de personas que se hicieron inmensamente ricas. No obstante, la parte más grande del botín se la embolsaron Francisco Pizarro, con cerca de trescientos kilos de oro y casi el doble de plata, sus hermanos y Hernando de Soto,

que obtuvo el metal precioso equivalente a dos caballeros.

LOS RICOS DE CAJAMARCA

El gobernador dio autorización para regresar a España a aquellos que estaban enfermos, envejecidos o con alguna lesión que les impedía proseguir la expansión. Unos sesenta, aproximadamente la tercera parte de los participantes en la jornada de Cajamarca, decidieron reembarcarse rumbo a la península ibérica. Entre los retornados la suerte fue desigual. Así, un humilde soldado como Juan Ruiz pudo vivir bastantes años en su Alburquerque (Badajoz) natal, rodeado de toda una corte de escuderos, criados, pajes, lacayos, esclavos y pania-guados. También Ruy Hernández Briceño y Alonso de Medina regresaron a su Badajoz natal con una importante suma de oro. Por su parte, el trujillano Pedro Barrantes, caballero en Cajamarca, adquirió una regiduría y el señorío de la Cumbre, que heredó su hijo Juan de Barrantes. El malagueño Ginés de Carranza regresó con Hernando Pizarro portando una gran fortuna. Aunque en 1534 otorgó testamento y codicilo por estar enfermo, sobrevivió finalmente, comprando una regiduría en Granada, la alcaidía de la fortaleza de Nerja y el corregimiento de

Loja. Asimismo, obtuvo un hábito de la Orden de Santiago, inhumándose hacia 1570 en la capilla de Nuestra Señora de la Antigua de la iglesia conventual de San Jerónimo de Granada.

El 9 de enero de 1534 Hernando Pizarro llegó a Sevilla con una inmensa fortuna; además

del quinto real, valorado 107.735 pesos de oro y 12.000 o 13.000 marcos de plata, traía varios cientos de miles de pesos de particulares y numerosas piezas indígenas sin fundir, como vasijas, cántaros, ollas, tambores e ídolos de oro y plata. Una cantidad de metal precioso muy superior a la que había llevado tiempo atrás Hernán Cortés,

deslumbrando a toda Castilla. En total, al margen de las piezas sin fundir, se valoró el monto de lo traído por el trujillano en 427.168.680 maravedís.

Narró Francisco de Jerez que necesitó catorce carretas tiradas por dos bueyes cada una para transportar el metal hasta la Casa de la Contratación. Además, el cortejo áureo estuvo aderezado por la presencia de algunos indígenas, vestidos a su usanza, y llamas que provocaron el asombro de cientos de curiosos que se agolpaban a su paso. Por cierto, entre las fundaciones que el hermano del conquistador realizó en su Trujillo natal es-

Narró Francisco de Jerez que necesitó catorce carretas tiradas por dos bueyes cada una para transportar el metal hasta la Casa de la Contratación.

taba una obra pía, a la que dotó con rentas, que pervive en el siglo XXI con el nombre de Fundación Obra Pía de los Pizarro. Una institución que invierte buena parte de sus beneficios anuales en proyectos culturales peruanos, manteniendo convenios de colaboración con varias instituciones del país.

Menos suerte tuvo Diego Mexía, que llegó a Sevilla a primeros de 1534; aunque era muy joven, apenas pudo disfrutar unos años de su fortuna, pues falleció sin descendencia a primeros de abril de 1540. Peor aún le fue a Juan García de Santa Olalla, pues la nao San Medel, en la que regresaba, fue asaltada y saqueada por los corsarios. Dada la situación de indigencia en la que quedó, decidió regresar a Nueva Castilla, aunque la suerte, de nuevo, no le sonrió. Luchó en el bando de Gonzalo Pizarro, perdiendo la

vida en la batalla de Jaquijahuana. Fue declarado traidor no arrepentido y sus bienes fueron confiscados. Asimismo, el florentino Francisco Neri regresó a España en 1536 con una gran cantidad de metal precioso y esmeraldas. Este no estuvo en el reparto de Cajamarca, pero sí en el de Cusco, donde fundió una gran cantidad de oro y plata, además de adquirir un buen número de esmeraldas, valoradas en 135.000 maravedís. El problema es que el navío en el que viajaba aportó a Setúbal, donde los funcionarios lusos le quitaron cuarenta y ocho esmeraldas y una turquesa en concepto de diezmo al rey de Portugal. Todavía en octubre de 1537, el rey ordenaba al embajador en Portugal que reclamara del soberano luso la totalidad de las esmeraldas del florentino. Pese a todo, Francisco Neri fue otro de esos peruleros que regresó inmensamente rico. ■

«LA CAPTURA DE
ATAHUALPA»,
Juan Lepiani (ca.
1920-1927).



LA
LEYENDA



NEGRA



HISTORIA
DEL ODIO
A ESPAÑA

ALBERTO G. IBÁÑEZ

EL RELATO HISPANÓFOBO EXTERNO E INTERNO

La obra definitiva que desmonta el relato dominante antiespañol desde su origen hasta sus reminiscencias en la actualidad.



GRANDES BATALLAS

LA BATALLA DE CAJAMARCA

UNA ATAQUE POR SORPRESA

FRANCISCO HERNÁNDEZ

La batalla de Cajamarca fue un ataque sorpresa al monarca del imperio incaico, protagonizado por Francisco Pizarro y su reducido ejército el día 16 de noviembre de 1532, en plena expansión del impero español sobre territorio americano. Esta historia, que bien podría ser un guión de ciencia ficción, nos refleja cómo el valor, el patriotismo, el honor o, simplemente, la codicia, llevaron a los españoles a conquistar el Nuevo Mundo.

100

<https://laushispaniae.es/> | [@laushispaniae](https://www.facebook.com/laushispaniae/)
<https://www.facebook.com/laushispaniae/>



El conquistador extremeño Francisco Pizarro llevaba desde 1502 buscando fortuna en el Nuevo Mundo en diversas expediciones, y sabía de primera mano qué era el hambre, el acoso indígena o las enfermedades. No fue ni el primero ni el único que intentó la conquista del Perú. Antes, en 1522, Pascual de Andagoya intentó llevar a cabo dicha empresa, pero su expedición terminó en un total fracaso. Sin embargo, las noticias de la existencia de «Birú» (el Imperio inca del Perú) y de sus enormes riquezas en oro y plata influyeron, sin duda, en el ánimo

de formar una nueva expedición. Junto con sus cuatro hermanos, Francisco Pizarro encabezó una pequeña expedición de ciento sesenta y ocho hombres que partió de Panamá en diciembre de 1531 hacia Cajamarca, una de las ciudades más importantes del Imperio inca. En el lado inca, Atahualpa acababa de resultar victorioso en una larga guerra civil por la sucesión al trono contra su medio hermano Huáscar.

Después de superar muchos obstáculos, los españoles entraron en Cajamarca el 15 de noviembre de 1532

Junto con sus cuatro hermanos, Francisco Pizarro encabezó una pequeña expedición de ciento sesenta y ocho hombres que partió de Panamá en diciembre de 1531 hacia Cajamarca

La captura de Atahualpa



excusando entrevistarse personalmente con el mismo Atahualpa. A su vez, el emperador tenía planeado eliminar estos conquistadores que, impunemente, habían penetrado en su territorio con suma facilidad. Cuando entraron en Cajamarca, los castellanos encontraron la ciudad vacía, ya que el ejército inca, de alrededor de treinta mil guerreros, se encontraba acampado en las afueras. Pizarro en-

comendó a Hernando de Soto (explorador de la empresa) y a su hermano Hernando Pizarro la misión de acudir a Atahualpa para invitarle a que viniera a cenar con él en Cajamarca. Pizarro insistió en que la invitación debía ser comunicada de manera cortés y pacífica, para evitar malentendidos. Soto y Hernando partieron con cuarenta jinetes por si hubiese una emboscada. Lle-

garon a las tiendas del ejército de Atahualpa con dos traductores nativos: Felipillo y Martinillo. Cruzado el campamento y a las puertas del palacete, Soto y compañía enviaron a los traductores para solicitar a Atahualpa que saliese, pero, para su consternación, este tardó mucho más de lo esperado.

Al fin, Atahualpa se animó a salir, siempre tras una cortina que únicamente dejaba ver su silueta. De inmediato, Soto se acercó

a la cortina, aún a caballo, y le presentó la invitación, aunque este ni siquiera lo miró. Hernando Pizarro se molestó nuevamente y comenzó a vociferar, por lo que Atahualpa, asustado, ordenó que retirasen la cortina. El inca le dijo a Soto que al día siguiente se reuniría con su jefe en Cajamarca. Ante la indiferencia de Atahualpa hacia Hernando, este le amenazó con la superioridad bélica española. Finalmen-

te, Atahualpa invitó a Hernando y Soto a tomar una copa de licor de maíz.

Los españoles, por miedo a que estuviese envenenado, lo rechazaron. Soto quiso enseguida lucirse y comenzó a galopar, haciendo maniobras ante el inca. De repente avanzó sobre el monarca, pero paró en seco. Soto quedó asombrado al ver que el inca había perma-

necido inmutable, sin hacer el menor gesto de miedo. Atahualpa ordenó luego traer más bebida y todos bebieron. Finalizó la entrevista con la promesa del monarca de ir al día siguiente a encontrarse con Francisco Pizarro, aunque su intención, desde el primer momento, siempre fue capturar a los españoles y dar buena cuenta de ellos.

En una lenta y ceremoniosa marcha de miles de súbditos, el desplazamiento del mo-

Al fin, Atahualpa se animó a salir, siempre tras una cortina que únicamente dejaba ver su silueta. Soto se acercó a la cortina y le presentó la invitación, aunque este ni siquiera lo miró.

narca inca tomó buena parte del día, causando desesperación en Francisco Pizarro y sus soldados, porque no querían pelear de noche. Es importante señalar que, pese a que ya habían realizado diversas conquistas, los españoles ignoraban que los incas no combatían de noche por motivos rituales. Así describía Pedro Pizarro la llegada: «Dos mil indios iban delante de él, barriendo el camino empedrado por el que viajaba. Llevaban tal cantidad de servicio de mesa de oro y plata, que era maravilloso verlo brillar bajo el sol. Delante de Atahualpa iban muchos indios cantando y bailando».

Pizarro tenía divididos a sus jinetes en dos grupos, uno al mando de Hernando Pizarro y otro al mando de Hernando de Soto. A los caballos se les colocó cascabeles para que hicieran más ruido al momento de galopar. En la cima de una torre situada en la plaza, se instaló el artillero Pedro de Candía, acompañado por tres soldados y dos trompetas, junto con la artillería, compuesta por dos falconetes dispuestos para disparar cuando se diese la señal. Atahualpa cometió el error de subestimar el peligro que el pequeño grupo de españoles representaba y acudió

escortado únicamente por un grupo de entre tres mil y seis mil servidores, mientras que el resto de su ejército se quedó fuera de la muralla. Llegado al centro de la plaza, ordenó a sus portadores que se detuvieran, ya que no veía ningún español esperándole.

Atahualpa cometió el error de subestimar el peligro que el pequeño grupo de españoles representaba y acudió escoltado únicamente por un grupo de entre tres mil y seis mil servidores

Avanzó, entonces, hacia Atahualpa un hombre barbado y vestido con un hábito blanquinegro. Era el fraile Vicente de Valverde, acompañado del intérprete indígena Felipillo y del soldado español Hernando de Aldana, el único de la hueste hispana que entendía ligeramente el idioma de los incas. Valverde, portando una cruz y

un breviario, pidió a Atahualpa que renunciara a su religión pagana y que aceptara a Carlos I de España como soberano. El inca se sintió insultado y confundido por las demandas de los españoles. El sacerdote le explicó que en el breviario se encontraba la palabra de Dios, por lo que Atahualpa, ingenuamente, cogió el libro, lo revisó y se lo acercó al oído, quedando indignado porque no pudo escuchar nada. Por este motivo lo lanzó muy lejos, con furia, gritando que él no se sometería ante nadie por ser el hijo del sol. Seguidamente exigió que los españoles pagaran por los desórdenes que habían co-

metido desde su llegada a su reino. Marti-
nillo recogió el libro y se lo devolvió a Val-
verde, que corrió hasta Pizarro gritándole:
«¡Qué hace vuestra merced, que Atahualpa
está hecho un Lucifer!».

Fue entonces cuando Pizarro dio la orden
de ataque. Sonaron las trompetas y el arti-
llero Pedro de Candía disparó uno de los fal-
conetes que estaban en la cima de la torre.
Sus arcabuceros hicieron otro tanto y, apo-
yados en trípodes, comenzaron a llenar la
plaza de humo con sus continuos disparos.
El tronar fue brutal y, como cabía esperar,
también lo fue el desconcierto de los enemi-
gos. Antes de que los sorprendidos indios se
recuperasen, los jinetes españoles, al grito
de «¡Santiago, Santiago!», salieron estre-
pitosamente barriendo todo lo que tenían
delante. La única puerta de salida estaba
colapsada por la muchedumbre y la plaza se
convirtió en una ratonera.

Pizarro, a caballo, se dirigió hacia Atahual-
pa, que, sentado en su trono, no se inmutó
durante la emboscada española. Tras arre-
meter con los caballos, consiguieron hacer
volcar la silla. Aprovechando que Atahualpa
estaba en el suelo, los conquistadores espa-
ñoles se lo llevaron hasta unos aposentos
cercanos, donde lo encerraron. Después de
la toma de Cajamarca y la victoria contra los
incas, Pizarro mantuvo preso a Atahualpa,
aunque simulando que era su huésped. En
un intento de escapar, el emperador prome-
tió al extremeño pagar por su libertad.

Pizarro aceptó y, de inmediato, se mandó
la orden a todo el imperio inca de que en-



viasen la mayor cantidad posible de oro y
plata hacia Cajamarca.

**Grabado que
representa a
Atahualpa**

Después de cumplir su parte, los españo-
les sentenciaron a muerte a Atahualpa por
idolatría, fratricidio, poligamia e incesto.
Además, lo acusaron de ocultar un tesoro,
aunque, con toda seguridad, la principal
motivación de la condena fue el convenci-
miento de los españoles de que el empera-
dor inca ya estaba planeando la forma de
terminar con los españoles cuando recupe-
rase la libertad. Es más que probable que así
fuese. Finalmente, Atahualpa fue ejecutado
el 26 de julio de 1533. Se dice que Francisco
Pizarro lloró su muerte. ■



PASEOS POR LA HISTORIA

EL ARCHIVO DE INDIAS

LA CUSTODIA DE UN GRAN LEGADO

JAVIER RAMOS, creador del blog [Lugares con historia](#)

Entre los siglos XVI y XVII, Sevilla ostentó el monopolio del comercio con América y Filipinas, lo que la convirtió en la capital de Europa. A falta de una lonja comercial adecuada, los mercaderes procedentes de toda Europa hacían sus tratos en el entorno de la catedral, especialmente en las gradas que la rodean y en el patio de los naranjos. Cuando la inclemencia del tiempo lo aconsejaba, se trasladaban al interior del templo y lo llenaban con un bullicio de feria, gritos destemplados, juramentos y reniegos.

Las reiteradas protestas del cabildo catedralicio, que no dejaba de importunar al rey con memoriales de protesta y alusiones al pasaje evangélico en el que Jesús arroja a los mercaderes del templo, determinaron que, ya en época de Felipe II, se mandara construir un edificio mercantil en la vecindad de la catedral. Comenzaba a fraguarse la puesta en marcha de un lugar con historia, de la buena.

El encargado de la obra, Juan de Herrera, el arquitecto de El Escorial, diseñó un edificio de planta cuadrada (cincuenta y seis metros de largo) con patio interior y dos plantas abovedadas comunicadas por una monumental escalera. Se asienta en la calle Fray Ceferrino González sobre una lonja rodeada de fustes de piedra con cadenas. El histórico edificio, terminado en 1646, alberga hoy el Archivo General de Indias, que custodia los cuarenta mil legajos y cerca de tres mil cuatrocientas piezas entre mapas, dibujos y planos, que generaron cuatro siglos de historia americana. En total, alberga unos ochenta millones de páginas de documentos originales que ocupan ocho kilómetros lineales de estanterías procedentes del antiguo Consejo de Indias y Secretarías de Des-

pacho, Casa de la Contratación y Consulados de Sevilla y Cádiz. Casi nada.

Entre sus documentos figura una instancia de Cervantes, que, después de haber fracasado en España, quería probar fortuna en América. El funcionario de turno le denegó el permiso escribiendo al margen: «Busque

por acá en qué se le haga merced». También se conserva la mayor parte del archivo propio de Cristóbal Colón, que fue cedido por la casa ducal de Veragua. Otro documento de relevancia y popularidad, quizás el que más, son las Capitulaciones de Santa Fe, la firma del acuerdo entre Colón y los Reyes Católicos sobre el proyecto de encontrar una nueva ruta por poniente hacia las Indias Orientales.

El histórico edificio, terminado en 1646, alberga hoy el Archivo General de Indias, que custodia los cuarenta mil legajos y cerca de tres mil cuatrocientas piezas entre mapas, dibujos y planos

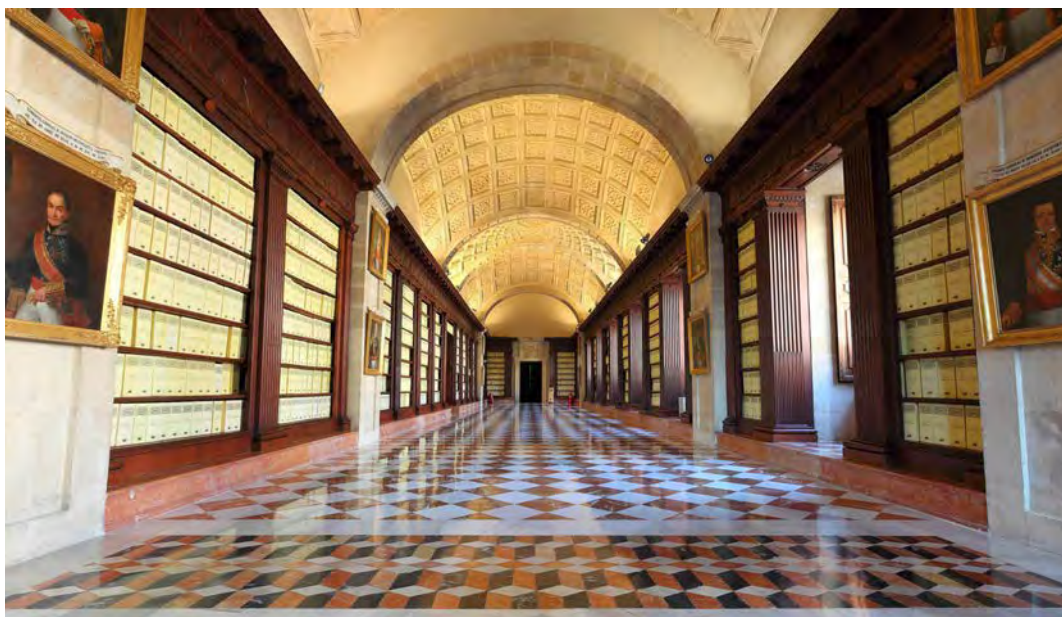
La elección de Sevilla como ciudad con monopolio en el comercio con las Indias posibilitó que, en torno a 1540, la ciudad andaluza desbancara a Amberes (Bélgica) como centro financiero de Europa. Como controladora del tráfico marítimo mundial más importante de su tiempo, la Casa de Indias era la encargada de aprovisionar, pertrechar e inspeccionar las flotas de barcos españoles que se disponían a zarpar para América.

Aunque nació bajo los auspicios de Carlos III, el impulsor del proyecto de la puesta en marcha de un gran archivo que compilara la documentación que el Imperio español generara con sus territorios de Ultramar, sobre todo con el Nuevo Mundo, fue don José de Gálvez, secretario de Indias; el ejecutor del mismo resultó ser el académico e historiador don Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo mayor de Indias.

Es fama que en este archivo trabajan con dedicación plena, además de muchos investigadores pro-

cedentes de numerosas universidades del mundo, algunos sabuesos a sueldo de las compañías buscadoras de tesoros, que se dedican a localizar naufragios de galeones cargados de oro y plata. Sin una investigación previa en el Archivo de Indias, nunca se hubiera localizado el famoso tesoro del galeón Nuestra Señora de Atocha. Enfrente del Archivo se extienden los torreados muros grises del Alcázar y su Puerta del León, de obligada visita, así como la anexa y magnífica catedral gótica de Sevilla y su no menos célebre Giralda. ■

Aunque nació bajo los auspicios de Carlos III, el impulsor del proyecto fue don José de Gálvez, secretario de Indias, y el ejecutor del mismo el historiador don Juan Bautista Muñoz



Interior del Archivo

*Eso NO ESTABA
en mi LIBRO de*
HISTORIA *de*
PIRATERÍA *la*

por
JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

Un viaje fabuloso por la historia
más desconocida de la piratería
entre corsarios, bucaneros y
filibusteros, desde sus guaridas en
la isla de la Tortuga a Port Royal.

